

# SELECTA

Año III  
Número 2

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Mayo de 1911

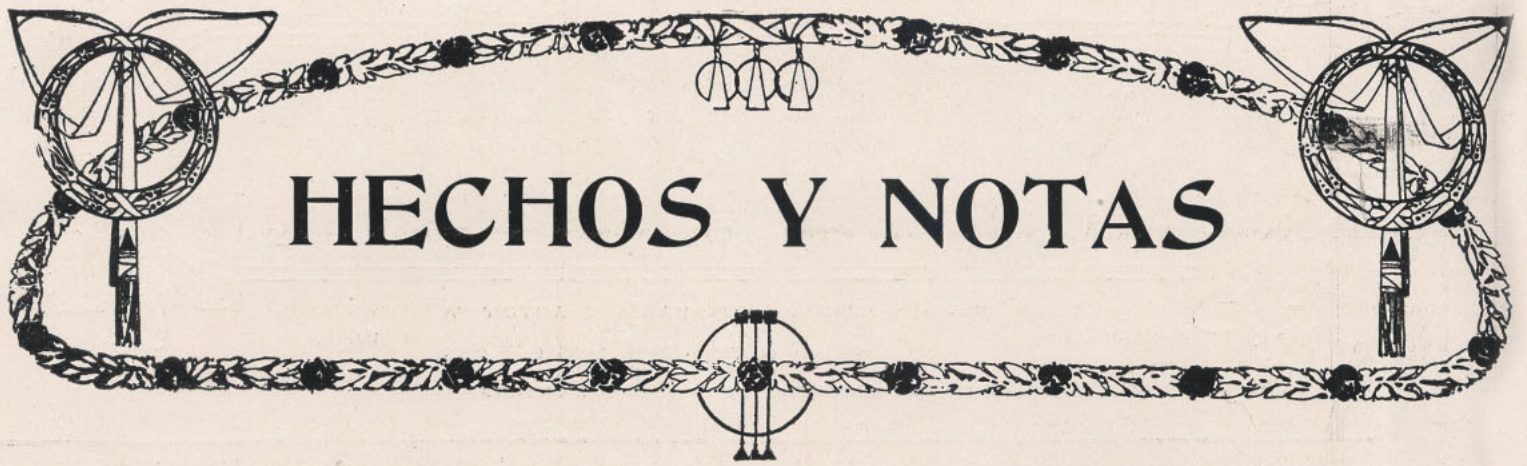
EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666

Precio:  
UN PESO



PEDRO EL GRANDE SALVADO DEL NAUFRAGIO

ESCULTURA DE L. BERNSTAMM



# HECHOS Y NOTAS

El criterio con que apreciamos las cosas de la vida va cambiando de momento en momento. Los hechos heroicos, las grandes batallas, los cambios y mudanzas de la política, ya no tienen á nuestros ojos aquel poderoso relieve que presentaron á los ojos asombrados de nuestros abuelos; los acontecimientos más insignificantes en apariencia vienen á ocupar su puesto.

Refieren las memorias de la época, que cuando el Mariscal de Castellane, al frente de su cuerpo de Ejército, desfilaba en 1813, por delante de las bodegas de Clos-Vougeot, la célebre viña, se detuvo y mandó presentar armas á su tropa. Saludaba las cubas de vino, como hubiera podido hacerlo con un Emperador. Aquello parece algo sintomático de un pueblo y de una época en que los pequeños acontecimientos van ocupando insensiblemente el lugar de los grandes.

La moda de los pantalones Harem, en las mujeres, no pasa de ser un acontecimiento insignificante á primera vista. De ordinario, no nos preocupamos en gran manera de que las mujeres usen sombreros grandes ó pequeños, ni de que los vestidos pasen de campanas á paraguas; allá se aventuran ellas con las incomodidades ó ridiculeces de la moda. Más no ha sucedido lo propio con la ya célebre moda de los pantalones Harem, que constituye, por decirlo así, una verdadera revolución en las costumbres y en la vida femenina. Vemos una corriente moral que se abre paso de manera silenciosa, transformando el orden entero de la vida de la mujer, á guisa de reivindicación de supuestos derechos desconocidos por los hombres. Desgraciados los maridos el día en que las mujeres se pongan los pantalones, y les dejen solamente las agujas para su consuelo. Se refiere que Teófilo Gautier inició la campaña del romanticismo con el célebre chaleco rojo que enarboló, á guisa de bandera, en la primera representación de Hernani, en medio de los silbidos de los clásicos exasperados. Lo mismo intentan hacer las huestes femeninas con los pantalones Harem, convertidos á la fecha en signo del feminismo levantado en són de combate en contra de los hombres. Aquellas que piden el derecho del sufragio, las llamadas *sufragistas*, tienen razón al exigir de igual modo pantalones; pero las que no piensan en semejantes cosas, toman parte, sin saberlo, en una manifestación social y política á un mismo tiempo. Se lanzan impensadamente por el camino de las reivindicaciones destinadas á transformar á la mujer, de bella é indiscutida reina del mundo, en campeón rival del hombre en las rudas luchas del poder, de la política y de las cuestiones econó-

micas. La mujer, arrancada del amor y de la familia, su reino natural, en el cual domina sin contrapeso ni discusión alguna, pasa á convertirse en un guerrero armado, en un campeón sin escrúpulo ni temores; la atmósfera de belleza, de suavidad y de elegancia que la rodea, apesta con el humo de la pólvora del combate, y los suaves y encantadores gestos griegos se transforman en las rudas muecas con que los soldados chinos tratan de amedrentar á sus adversarios. Si la nueva moda llegara á implantarse, deberíamos decir adiós á la belleza, resorte oculto que ha movido á la humanidad por espacio de cuatro mil años. ¿Se concebiría á la Venus de Milo adornada con pantalones turcos? Acaso fuera más fácil figurarse á Cristo armado de un buen par de pistolas.

Una moda insensata quiere imponer á las mujeres trajes que le asemejan á los hombres, sin darse cuenta de que precisamente lo que más en ellas nos agrada, es que sean diferentes de nosotros, que se parezcan á nosotros lo menos posible. La mujer encanta por su debilidad misma, por su fragilidad exquisita, por su falta de fuerza, por su timidez misma, por su pudor. Tratar de hacerla semejante al hombre, constituye el más completo y fatal de los errores, es algo como hacerla descender de su pedestal. Si nos domina con su debilidad, si nos vence con su flaqueza. Las mujeres sufragistas, y las mujeres boxeadoras impondrían temor á sus novios, quienes verían ya su casa convertida en ring, en campo de box, sport, en extremo peligroso para la tranquilidad conyugal. Todos aquellos que tengan algún aprecio por la estabilidad de su dentadura, tendrán forzosamente que huir del matrimonio. Todo sin contar que sería bien difícil para un hombre eso de enamorarse de un ser con pantalones, de un anfibio que hiciera recordar las focas de los tiempos pre-históricos.

La moda de los pantalones Harem hizo su primera aparición en el recinto de la Comedia Francesa, en París, ofreciéndose, como alguien ha dicho, á la inquietud de los parisienses, á la curiosidad del artista, á las meditaciones del filósofo, á las incertidumbres del costurero, á las burlas de éste, al desdén del de más allá, al semi-sufragio del otro, á las murmuraciones de todos. La generalidad de las conversaciones no manifestaron un gusto decidido por la moda que se iniciaba. Más de uno recordó la frase del célebre Marivaux: "Es imposible escapar á las hijas de Eva, sin embargo, si se las mirara de cierto modo, parecerían risibles á nuestro corazón; dejarían de ser amables para ser solamente necesarias." Pobres de las mujeres el día en

que dejaran de causar ilusión á los hombres. Y, también, pobres de los hombres el día en que dejaran de sentir ilusión por las mujeres.

Al fin y al cabo, el traje constituye, para las mujeres, y en la estética femenina, un capítulo esencial. Vive armada para el combate y para la defensa, da con esto la nota de un momento social, y su arreglo, no solamente acentúa la belleza, sino que la particulariza. Uno se extraña de la rapidez de los cambios, y es que sirven para modificar lo excesivo y extravagante de las modas, aceptadas en un momento de imprudencia. Por otra parte, no debemos afligirnos con exceso, pues las modas naturales vienen y se van con impensada rapidez, como las estaciones, para reconquistar al cabo de algún tiempo los favores de las ingratas olvidadizas. Los trajes de nuestras abuelas hacían sonreír á los nietos, y sin embargo, hemos vuelto al siglo XVIII y al imperio, hemos visto las capas Trianon y los trajes de largo talle imperio que nos parecieron adorables. Los modistos creen concebir, por sí solos las modas, siendo, en realidad las mujeres quienes las inventan ó insinúan. La mujer es siempre la grande artista que despierta las admiraciones, que aviva con sus dedos de hada la tela mágica despertadora del deseo; envuelve en su propio ensueño la deliciosa realidad.

La moda es una tirana que se impone, cualquiera que sean las circunstancias políticas ó sociales. Así, desaparecida la

encantadora corte de Luis XV, muerto en el cadalso el Rey Luis XVI, la revolución no pudo establecer la igualdad ni desterrar las modas, cada vez más tiránicas, en su tiranía invencible é impalpable. Y si bien se mira, se descubre en el origen de muchísimas modas la necesidad de ocultar algún defecto peculiar de cierta mujer de gran tono, de aquellas que por su situación excepcional, suelen imponer sus caprichos en los círculos mundanos.

La moda de los pantalones Harem ha sido recibida con manifestaciones hostiles en el mundo entero, lo cual manifiesta, de manera irredargüible, que el sentido común es más común de lo que generalmente se cree.

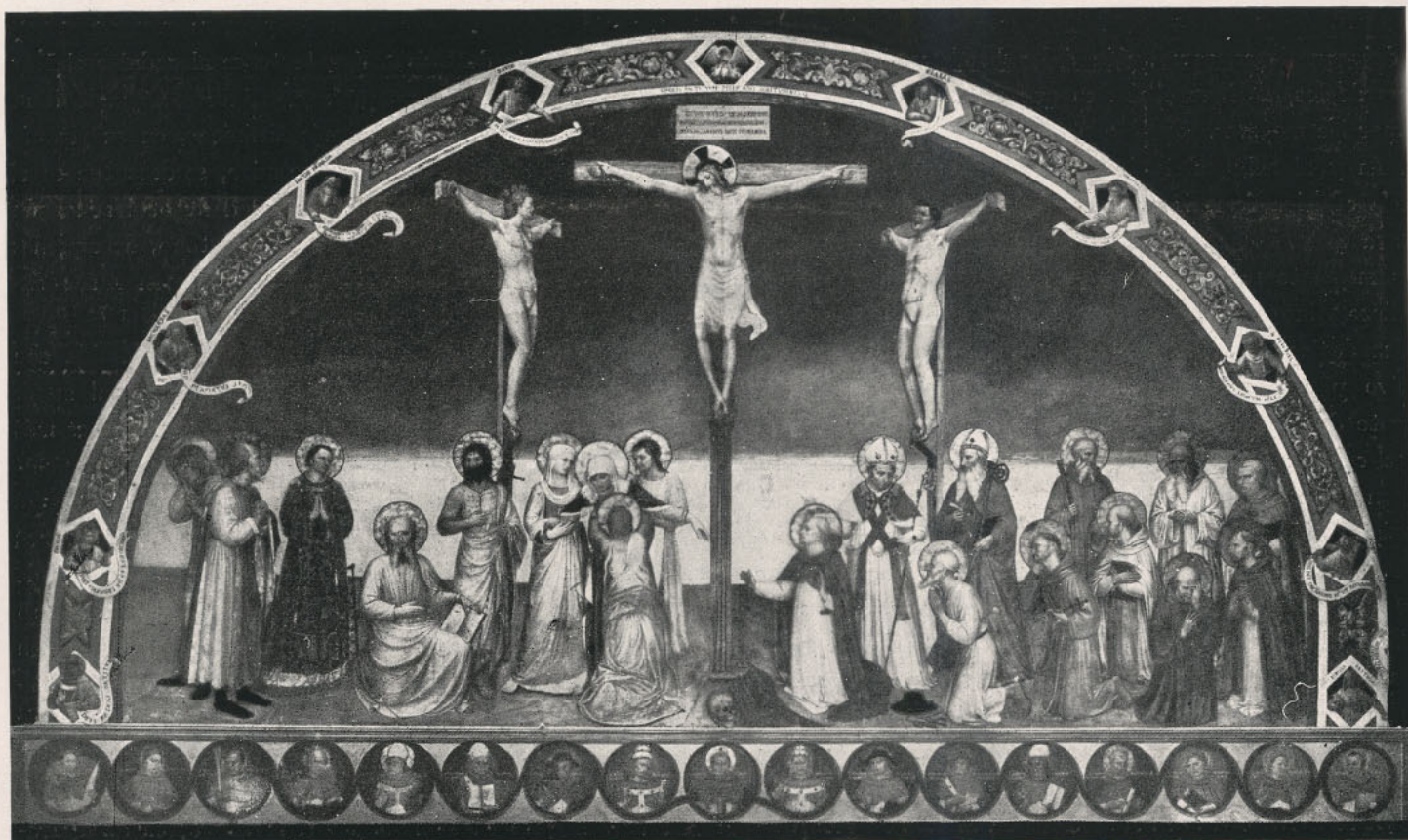
Bien podemos perdonar las modas que sólo se limiten á ridículas. Así, ya comienzan á mostrarse algunos sombreros femeninos que pretenden imitar los gorros de armiño, tan de moda en París durante el pasado invierno; más, como se trata de un artículo de lujo y enormemente caro, aún en Europa, el medio pelo de industria nacional lo han substituído con un bonete ruso de piel de conejo ó de gato, de mísero gato chileno. En adelante ya no se pasará, solamente, gato por liebre, sino que, mediante la industria, se convertirá el gato en armiño. Es el eterno deseo de aparecer, la esflorescencia de eterna é invencible vanidad que pretende en vano, igualar todas las fortunas y todas las situaciones, en vez de tomar la vida sencillamente y con viril franqueza.

LUIS ORREGO LUCO.



LA PASTORA

CUADRO DE MAX LIEBERMANN



La Crucifixión

## Las Obras Maestras de la Pintura de 1400 á 1800

(Continuación).

*Giovanni da Fiesole, ó Fra Angélico*, nació en 1387, y á la edad de 20 años ingresó al convento dominicano de Fiesole, cerca de Florencia. Cuando este convento fué cerrado en 1409 se ausentó de esta ciudad por varios años. Pocos años después de su regreso á Florencia fué llamado á Roma por el Papa, donde se quedó hasta su muerte, en 1455. Por cada sitio donde pasó, dejó obras, pero las más importantes están en Florencia. En el convento de San Marcos, donde vivió algún tiempo, decoró los corredores y celdas de frescos encantadores. Es, sin lugar á duda, el pintor religioso por excelencia, el artista inocente é ingenioso, el de las visiones deliciosas; parece que todas sus obras estuvieran inspiradas por una constante comunión con los habitantes celestiales. Los vió é interpretó con más cariño que adoración; los encuentra más bien bellos que majestuosos. La impresión que uno se hace al ver sus obras es que él se hubiera transportado al paraíso para ejecutarlos. Con justicia se le llama angélico.

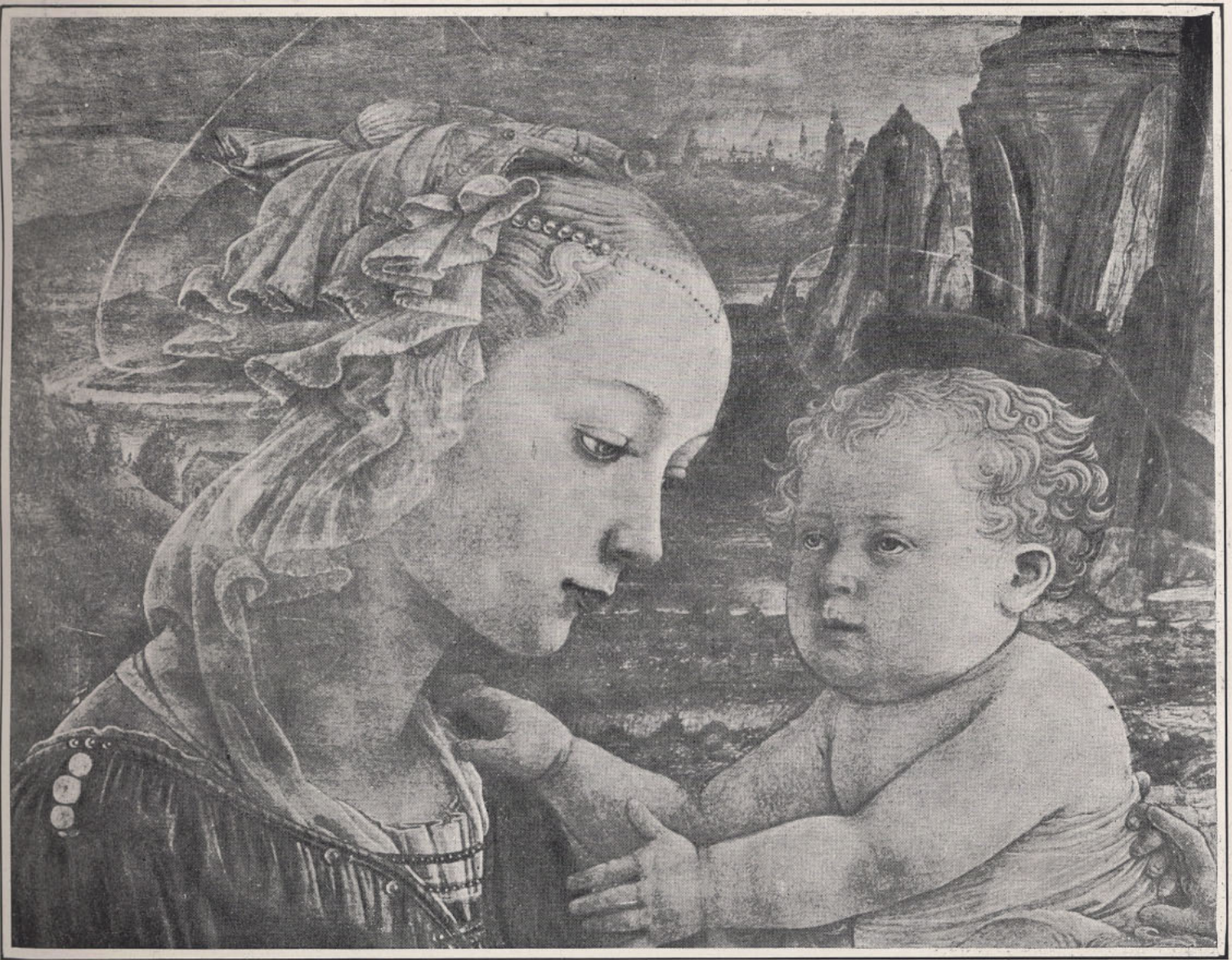
Una de sus pinturas más maravillosas es la "Coronación de María" que perteneció al tesoro del Santa María Novella, de donde fué trasladada al Museo de Oficios, en Florencia.



Un ángel del Tabernáculo.— Galería Uffizi.—(Fra Angélico).



Un ángel del Tabernáculo.— Galería Uffizi.—(Fra Angélico).



Detalle de la Virgen que adora al Niño.—(Fra Filippo Lippi).

Otra de las obras de importancia de este maestro es la "Crucifixión" que cubre una de las paredes de la sala capitular del convento de San Marcos de Florencia. El agrupamiento á la par natural que variado y la expresión de verdadero fervor de los santos y santas, colocan á estas obras grandiosas á la cabeza de las referentes á la piedad mística.

*Fra Filippo Lippi.*  
—En cuanto á vida y carácter, es la antítesis de Angélico. Nació en Florencia (1406), y desde su infancia entró al convento de los Recoletos. En 1456 fué



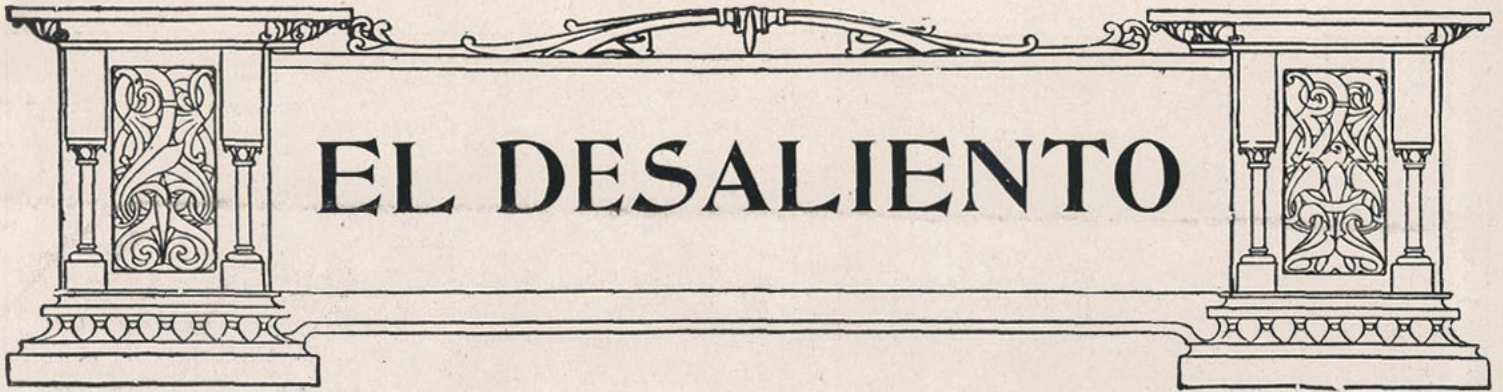
Adoración de los Reyes Magos. (Fra Filippo Lippi).

nombrado limosnero de un convento de monjas, donde consiguió arrebatarse á una de sus ovejas; pero ésta fué obligada á volver á su redil.

Filippo murió el 9 de Octubre de 1469. Como pintor es bastante parecido á Fra Angélico; y pocos admiradores más fervientes de la Virgen Inmaculada que este fraile amoroso y exclaustrado.

Uno de sus cuadros en el cual se manifiesta más la influencia de Angélico, es la "Adoración del Niño Jesús por María", fué ejecutada para la capilla del palacio Riccardi ó de los Médicis.

(Continuará)



# EL DESALIENTO

Entre las joyas de un jardín hermoso que desplegaban ufanas sus corolas perfumadas á los besos del sol y de las brisas, abrió un día sus pétalos exangües, pequeña, humilde y débil flor.

Había nacido de una semilla arrojada con descuido el año anterior en un rincón estéril del jardín, donde había permanecido muchos meses sepultada, hasta que un rayo del sol benigno, penetró á su obscura cuna y despertó en el seno de la pobre simiente abandonada un gran deseo, apenas definido en sus albores, de ser algo más de lo que era, á fin de parecerle bien al hilo de oro que amaba desde el día en que la despertó el sueño profundo en que yacía olvidada y solitaria.

Más tarde, sintió ganas de acercarse á él, saber de dónde procedía y formar parte del mundo que besaba. Empezó á menearse en su celda estrecha, abrió sedienta boca á las escasas gotas de rocío y riego que caían en torno suyo, tendió un bracito y luego dos al fugitivo amado hasta que al fin, después de muchos meses de incesante lucha é inquietud, logró ascender hasta la superficie de la tierra, y ahí quedó muchos días confusa y deslumbrada ante las maravillas que veía.

¡Qué mundo tan hermoso! Arriba la comba inmensidad de un cielo azul turquí sembrado de blancos girones, vaporosos, vagabundos.

Un áureo disco fulgurante que flotaba lentamente magestuoso por los espacios somnolientos lanzando sobre la tierra hilachas doradas á millares que envolvían en su lumbré tibia, las sienas blancas de unos montes muy distantes, los verdes copos de los árboles gigantes del jardín que sobre ella se inclinaban, las flores orgullosas que cerca de ella se mecían, levantando al cielo la gloria de formas y colores más hermosos que la Mente Magna concibió: flores de alabastro, de escarlata, ámbar y oro, flores azulinas, de perla y purpurinas que al viento quejumbroso esparcían generosas el riquísimo tesoro de sus cálices bañados por el sol.

Entre ellas iba y venía solícito, regadera en mano, un viejo jardinero arrancando un pétalo quebrado aquí, una hojuela marchitada allá, sacudiendo la tierra que cubría sus raíces delicadas, mimando á unas, á otras acariciándolas con mano y voz.

En recompensa de sus afanes y desvelos, las flores todas, le brindaban lo más hermoso que sus senos encerraban y á medida de las fuerzas que el cielo les concediera, luchaba cada una por cumplir más dignamente su destino, su tarea de embellecer y perfumar las horas de los seres que venían á vagar por el jardín, y en raras ocasiones fracasaban: corazones destrozados, hallaban en el fondo oscuro de violetas ardorosas, consuelo á su dolor; amantes felices prendían en capullos tiernos de rosas tempraneras, juramentos que sus labios temían pronunciar; jóvenes alegres leían

en sus cálices promesas lisonjeras del mañana misterioso, viejos fatigados bebían en las rachas perfumadas que exhalaban recuerdos dulci-dolorosos del ayer.

Lejos de desanimarse en presencia de flores tan galanas, la recién nacida que no conocía el mundo todavía y en cuyo corazón anidaban ambiciones y esperanzas, siguió su ascenso lento hacia el sol y tras breve tiempo coronaron sus esfuerzos algunas flores paliduchas que todos los días, cuando el jardinero pasaba por el rincón en que crecían, le tendían sus cabezas, sedientas de una mirada de cariño, de una palabra de elogio, de un sorbo del líquido vivificador que vertía con mano pródiga sobre las hojas frescas de sus hermanas del jardín; pero en vano. El jardinero que nada sabía de la cruenta lucha de la pobre flor, la miraba con indiferencia, y si alguna vez se detuvo cerca de ella, fué para hierirla con palabras de reproche nunca para consolar ni alentar. Penosa, la flor buscó entonces alivio entre sus iguales, pero no encontró en sus senos, al pesar ajeno indiferentes, la simpatía que anhelaba.

Florezilla desgraciada! Condenada, por ninguna culpa suya, á libar la copa amarga de los que luchan sin estímulo ni aliciente, y cuyos esfuerzos raras veces satisfacen á las que aman. ¿A qué decirlo? Claro está que para ella empezó á perder su objeto la lucha, la vida misma su encanto. Son tan pocos los seres que en el reino de sus sentimientos ejercen algún dominio; tan pocas las almas que se bastan y esa era un alma de flor no más con toda la sed de ternura y simpatía que asedia las almas de las flores.

Así pasaron varias primaveras: en lucha oculta contra las desventajas que rodearon su cuna, amargadas por las gotas de desaliento que el torpe jardinero vertía en ellas hasta que un día, la flor dejó de luchar porque concibió la idea de que el amado sol también la miraría con desdén. Y entonces comenzó á esquivar la pálida corola y sus tallos lánguidos se doblaron á la tierra. Algunos años más tarde, convertida en maleza inútil y molesta, estorbaba el crecimiento de las plantas que cerca de ella, abrían á la luz.

Así en la vida. Despiertan á ella almas débiles mal preparadas para afrontar sus tormentas, mal dispuestas para disfrutar de sus bonanzas, almas enfermas, de sensibilidad extraordinaria, de extraordinaria timidez. Con todo, almas buenas que responden inconscientemente casi á la influencia del amor, la simpatía y del ejemplo con la energía escasa de que están dotadas.

Del labio cruel del padre, del maestro ó del amigo, cae la palabra de desaliento que repetida, debilita y hasta mata en ellas el deseo de ser más útiles, amables y mejores, que es la palanca de todo progreso y que trae consigo tanta alegría y poder para los que luchan, tanta inspiración y esperanza para los que ven luchar.



ABANDONADA  
Adolfo Echiler

# EL COMBATE DE IQUIQUE

(Conversando con el sobreviviente)

Como si las olas del mar hubiesen puesto en su cuerpo todo el vigor de las aguas saladas, don Germán Segura, uno de los gloriosos sobrevivientes de la jornada homérica de Iquique es un viejo lozano, erguido, de luminosa tez sonrosada, cuya tersura contrasta con el nevado copo de sus cabellos.

Cuando llegué á visitarlo y le insinué el motivo de mi entrevista, las pupilas de don Germán brillaron intensamente, como si los gloriosos recuerdos lo convirtiesen en un iluminado.

Transcurridos treinta y dos años desde aquella memorable fecha, la porten-

sido publicados, ni dados á conocer con exactitud:

—Eran las seis de la mañana del

á las ocho, el “Huáscar” llega á espolonear las máquinas de la vieja corbeta, máquinas maltrechas y estropeadas que apenas podían tomarse en cuenta.

Al primer espolonazo, el comandante Prat, espada en mano, lanza el grito heroico. ¡Al abordaje, muchachos! y salta á la cubierta del monitor para caer fulminado por mano traidora, alevosa y cobarde. El bravo sargento Aldea, rueda también, acribillado á balas, junto al cuerpo del comandante; pero Aldea no muere allí, sino, á los tres días después en el hospital de Iquique, en donde le habían amputado un brazo y



Arturo Prat

día 21, cuando el comandante Prat divisa una humareda sospechosa. Sin pérdida de tiempo, dá aviso á la “Covadonga” para que salga á reconocer la costa. Momentos después, un cañonazo anuncia el peligro. Es el “Huáscar” que avanza. Prat, sin inmutarse, sin vacilar un momento, manda servir el desayuno á la tropa y, en seguida, ordena alistarse para la pelea, tocando á zafarrancho de combate. Más ó menos



Carlos Condell

una pierna. Los demás valientes que alcanzan á oír el grito de Prat y lo acompañan en su intrépido salto, caen al mar que les sirve de fragorosa tumba. El resto de la tripulación, no logró escuchar la consigna...

Muerto Prat, asume el mando de la corbeta el teniente Uribe, cuya acción valerosa mantiene el denuedo de su gente, mientras el “Huáscar” continúa espoloneando á la “Esmeralda” hasta hundirla en el fondo del Océano.

Ya con los efectos del segundo espolonazo y de las balas de á 300 que



Arturo Wilson

tosa hazaña de Prat, relatada con cariño por los labios del viejo sobreviviente, tenía la fuerza conmovedora de una revelación misteriosa.

Y con nervioso entusiasmo, sentado á ratos, levantándose á instantes, para dar más amplitud á su mímica, don Germán me hizo la vieja historia, la sublime historia de aquel combate en que le cupo la gloria de formar entre los héroes; vieja y sublime historia que deseaba escuchar con todos sus detalles, algunos de los cuales, como la muerte del cuerpo de ingenieros, no han



Luis Uribe





Vicente Zegers

el "Huáscar" dispara á flor de agua, el buque empieza á sumergirse y á anegarse los departamentos de las máquinas en donde se encuentra de servicio el cuerpo de ingenieros compuesto de los oficiales Mutilla, Manterola y Gutiérrez, de los mecánicos Torres y Jaramillo y de todos los fogoneros. Estos buscan asilo en el entrepuente. Aquí se halla el hospital á cargo del doctor Cornelio Guzmán y de su ayudante, que lo era yo. Todos reunidos esperan el desenlace. El "Huáscar" se apresta para el tercer espalonazo y al verlo avanzar todos, también, trepan á la escalera que conduce del entrepuente á la cubierta. En ese instante la granada que lanza el monitor choca contra la escalera y de los quince refugiados, caen catorce... Sólo yo logro esquivar las balas, detrás del palo mayor.

En seguida la vieja "Esmeralda", la gloriosa "Esmeralda", desaparece cubierta por las olas que la envuelven en inmortal sudario de espumas...

Así pereció el cuerpo de ingenieros, de cuya suerte poco ó nada se ha dicho, concluyó don Germán, respirando fatigosamente y volviendo á echarse en su sillón, como si el esfuerzo de su entu-

siasmo le hubiese gastado los nervios.

—Y en seguida ¿qué fué de los sobrevivientes?

—Las lanchas del "Huáscar" nos recogieron. De mí sólo puedo decir que habiendo concluido el combate á las doce del día. Apenas tuvo conciencia de que vivía como á las cinco de la tarde, cuando el doctor Tábara me desataba el tornisquete que me habían atado para que arrojase el agua. Pero bien recuerdo que, en medio de mis adormecimientos, alguien fué á sorprenderme capciosamente para preguntarme el andar de la "Covadonga".

—¿Cuánto tiempo permanecieron en el "Huáscar"?

—Sólo algunas horas. En la noche nos desembarcaron en Iquique y nos llevaron á la Intendencia, en donde nos sirvieron sandwiches y una taza de té.

—¿Y el cuerpo de Prat?

—Ah! El cuerpo de Prat... El cuerpo de Prat fué desembarcado en la misma lancha que nos llevaban á nosotros y recogido en Iquique por un comerciante español que se encargó de darle sepultación.

—Y de la Intendencia ¿á dónde pasaron?

—A un cuartel de bomberos. Ahí nos tuvieron algunos días, sin camas, pues los malos colchones que nos presentaron, se nos dijo que eran traídos del hospital y nadie quiso utilizarlos. Después el "Huáscar", burlando la vigilancia del puerto, penetró sorpresivamente y una noche nos embarcaron para conducirnos al Callao y desde ahí, á pelo de caballo, veinte leguas hacia adentro...

—¿Y ahí permanecieron...?

—Hasta que Chile pudo canjearnos, en Febrero de 1880, dando trescientos soldados peruanos por los nueve sobrevivientes de la "Esmeralda" que lo eran el teniente 1.º don Luis Uribe, el teniente 2.º don Francisco Sánchez, los guardia-marinas don Arturo Fernández Vial, don Vicente Zegers y don Arturo Wilson, el cirujano don Cornelio Guzmán, el contador don Juan Oscar Goñi, el oficial de la guarnición de artillería don Dionisio Antonio Hurtado, y el que habla, cirujano ayudante. Todo el resto de la tripulación había perecido así como el bravo Serrano y el heroico Riquelme...



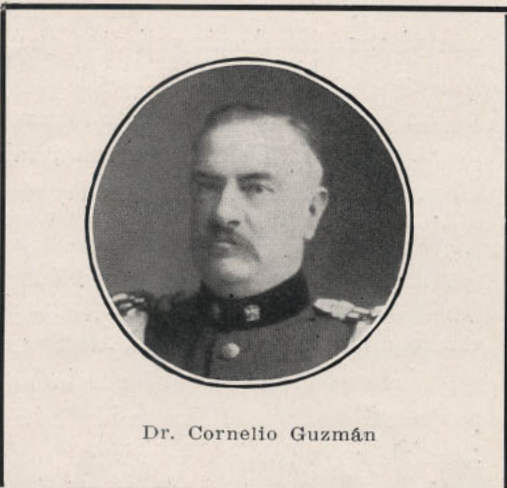
Juan Oscar Goñi

La fervorosa narración del viejo sobreviviente, había hecho circular un intenso calofrío por todo mi sér: tal era la realidad con que se levantaba ante mis ojos la visión maravillosa de aquella lucha titánica que asombrara al mundo.

En mi mente perduró largo rato esa visión y la gallarda figura de Prat y de sus esforzados compañeros, se me aparecieron en la inmensa apoteosis de su gloria, rindiendo la vida sobre el ara santa de la patria, ante la soberbia majestad del mar y del cielo, de esos dos misteriosos infinitos.

Y al alejarme, pensando que aquel hecho mil veces glorioso había dado á mi patria su más alta fama y que el nombre inmortal de Prat era el lábaro más puro del soberbio heroísmo de nuestra raza, ví levantarse, como una sombra, la ingratitud con que se han dejado perdidos en el fondo del mar los restos sagrados de la vieja "Esmeralda", cuando no debiera haberse omitido sacrificio alguno para conservarlos como preciada reliquia.

TOMAS GATICA MARTINEZ.



Dr. Cornelio Guzmán



Ernesto Riquelme



Carruaje de la señorita Bittancourt, premiado en el carnaval de Niza

## Un triunfo Chileno en el Carnaval de Niza



UNA hermosísima dama chilena acaba de obtener en Niza un triunfo memorable, durante las grandes fiestas de la temporada, en la época del carnaval. Es ese el momento culminante del año, para la bella ciudad de la costa azul. El carnaval es la fiesta de la alegría, de los disfraces, de las mascaradas,

de los bailes llamados Reductos de Flores. Las palmeras que rodean la ciudad extienden los graciosos plumeros de sus ramas sobre un cielo de azulada transparencia, y el Paseo de los Ingleses se convierte en un torneo de bellezas, de elegancias y de gracia femenina que rivaliza. La primera batalla de flores de la estación tuvo lugar en el primer Domingo de Marzo último, favorecida por un sol alegre y por temperatura primaveral.

Los coches decorados eran todavía más numerosos que en los anteriores, y rivalizaban entre sí en lo hermoso de las decoraciones florales, en el lujo así como en la originalidad de los adornos. El entusiasmo de las batalladoras elegantes, la gracia de sus trajes claros, el ardor combatiente de sus compañeros, animaban alegremente el corso que se extiende entre el Jardín Público y el Puente Magnan.

Según expresa un diario de Niza, "La Vie Mondaine": "No podríamos tomar nota de todos los equipajes elegantes que desfilaron por el Paseo de los Ingleses, para maravilla del público que se apretaba en las tribunas, pero señalaremos como particularmente hermosos los carruajes premiados por el comité de las fiestas: el auto de la señora Bittancourt, el landau de la señora Liza Landouzy y el cochecillo de la señora L. Masse; el milord de la señora Junior y el landau del palacio de la Jettee, el auto de la señora Francoiz,

el coche del señor Yaronsky, el panier de la Sociedad de Agricultura, el break del Automóvil Club, el automóvil del conde Galati.

El landau de la señora Landouzy se hallaba soberbiamente decorado de mimosas. Bajo la cúpula formada por arcos de violetas y con cintas rosas, la encantadora cantatriz se presentaba en compañía de la señorita Digliz de Griziy que batallaba con tanta gracia como su incomparable amiga.

El carruaje de la señora Bittancourt, hermosa dama chilena, y de la marquesa del Mérito, formaba igualmente una cúpula del más gracioso efecto, de lilas blancas cantadas por Mayol, de rosas púrpura y de violetas arregladas con arte, decoraban ese coche, uno de los más brillantes del corso.

Las fiestas de la temporada quedarán inolvidables en la memoria de todos, particularmente las del primer corso carnavalesco. El Domingo, el público volvió á ver las innumerables máscaras, los carros, las cabalgatas, las máscaras aisladas, los grupos de á pie que desfilaban por la avenida de la Gare, por el camino de Saleya, por la plaza de la Prefectura, por la calle Francisco de Paula, fué una fiesta nueva, más alegre todavía que la del domingo precedente, con la substitución de los confetti antiguos por los confetti parisienses. Millares de máscaras de todo género y de todos los colores, batallaban sin darse punto de reposo y sostenían la lucha con los espectadores colocados en las tribunas. De los carruajes se arrojaban millares de flores á los combatientes que contestaban con los mismos fragantes proyectiles.

El carruaje de nuestra compatriota, la señora de Bittancourt, ha dejado muy bien puesto el pabellón chileno. Esa es la más hermosa y brillante de las propagandas á favor del país.

F. RUIZ

# Como en los bellos tiempos de antaño

(En el cumpleaños de doña Emilia Herrera de Toro)

Como, á nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fué mejor...



S tendencia natural y muy humana aquella de echar de menos las costumbres sencillas y patriarcales de otras épocas. La hospitalidad afectuosa, la sana alegría, la unión de chicos y grandes al calor de un hogar, en el ambiente puro de la naturaleza y el campo, eran cosas tan comunes en los días de nuestros abuelos y cosas tan escasas en nuestros días, que siempre aparecerán á nuestros ojos envueltas en la dulce y melancólica poesía de lo que se fué para no volver...

La vida moderna, con su agitación semi-histórica, con su frivolidad casi constante y su encarnizada lucha de vanidades y egoísmos, va dejando en el alma de los que la vivimos cierto sedimento amargo y frío, —nostalgia de más altos ideales, de más hondos sentimientos, de intimidades más reales.

Por eso cuando alguna que otra vez, la vida que hoy vivimos artificial y prosaica abre un paréntesis para dejarnos ver un reflejo de lo que fué la de antaño, es como si una racha de aire puro, cargado de tomillo y de albahaca, viniera á acariciar la frente de un condenado al grisú de las minas ó al humo sulfuroso de las fábricas.

Parece un sueño y fué una realidad.

Una casa solariega de amplios corredores, de salas enormes, de incontables departamentos que, en su sencillo *confort*, parecen decir al visitante "Se bienvenido, y deja al lado afuera la etiqueta"; jardines y bosques, prados y colinas; un lago orillado de verdura, salpicado de islas que desaparecen bajo las flores y los árboles; pintorescos chalets y cenadores reflejándose en sus aguas, y, pululando por ellas, una flota de botes á remo, chalupas á vapor y yachts á la vela; el silencio armonioso de los campos interrumpido, ya por los acordes de un orfeón, ya por el silbato del tren que cruza un puente allá al extremo del lago, ya por las risas argentinas que la brisa trae desde los botes; rumores de canto, guitarra y tambores que suben desde una hondonada vecina, donde, bajo las enramadas, bailan, treinta parejas de inquilinos y empleados, en medio de una multitud abigarrada y alegre; el tricolor nacional ondeando por todas partes, mientras algún volado.

eleva en la diáfana atmósfera su recta columnilla de humo blanco; y como telón de fondo, allá á lo lejos, un cerro acampanado y esbelto que se perfila sobre el blanco fondo de la cordillera, se tiñe de rosa y violeta bajo la caricia del sol poniente y envía, por reflejos tornasoles irisados á las aguas agitadas por los remos.

¿Y el centro de todo aquello? Una anciana sencilla y admirable, que reina sobre lo que la rodea por la soberanía del cariño y de la distinción exquisita, y que, bajo la cofia de sus ochenta y siete años, cobija un alma de veinte, toda entusiasmo, toda frescura en la mirada inteligente de sus ojos y en el pliegue bondadoso de sus labios, siempre sonrientes.

Por la noche, la fiesta toma caracteres de apoteosis. Quinientas personas presencian los tuegos artificiales á orillas del lago; setenta se sientan á la hospitalaria mesa, entre los hijos y los nietos, y los parientes y los amigos; el grito de "Viva Misia Emilia!" resuena por todas partes; y cuando la respetabilísima anciana se levanta y con voz entera y en palabras llenas de sencillez y de sinceridad desea la felicidad de todos los presentes y pide á Dios que la conserve con vida para tener el gusto de verlos á todos reunidos á su lado en su cumpleaños siguiente, un ¡hurra! unísono mezcla su acento de entusiasmo y de emoción con los acordes del himno de la patria.

Patria y hogar, amistad sencilla y sincera, culto familiar fraternidad de pobres y ricos lo más bello de la naturaleza y lo más puro del alma humana.—reciben allí todos los años consagración solemne. Así se mantiene siempre viva la flor hermosa de la tradición, que une lo mejor del pasado con lo mejor del presente, preparando el porvenir.

¡Bendita la noble dama que ha sabido cultivarla, reuniendo en torno suyo, en un acorde de armoniosos afectos, lo grande y lo humilde, lo antiguo y lo nuevo! Bendita y benemérita, por que en sus largos años, tan bien llevados, ha profesado como nadie la más difícil y la más benéfica de todas las ciencias: la de hacerse querer.

C. S. C.

En "Aguila", á 11 de Abril de 1911.



Doña Emilia Herrera de Toro



LA MUERTE DE CHOPIN

CUADRO DE F. BARRIAS

## LA MUERTE DE CHOPIN



El pintor célebre, M. Barrias, ha inmortalizado con el pincel una de las escenas más conmovedoras, más novelescas, más poéticas de la vida de Federico Chopin: la escena en que el desdichado artista, moribundo en su lecho, manifestó el deseo de oír por última vez á la condesa Potočka que habfa venido á acompañarle en su agonía, y la condesa, hondamente impresionada por la solemnidad del momento, cantó un aire de Beatrice di Tenda de Bellini.

Los dos últimos años de la vida de Chopin habían sido un doloroso epílogo de su atormentada existencia. La enfermedad no le dejaba ya disfrutar un instante de reposo. Todo esfuerzo le producía sofocaciones y angustias y le era necesaria la ayuda de otras personas para subir escalas y coches. Vióse obligado á abandonar gran parte de sus clases y explicaba tendido en un diván las pocas que pudo conservar. Muchas veces se hacía suplir por alguno de sus alumnos más distinguidos.

En Abril de 1848 emprendió viaje á Londres con la esperanza tal vez de que un cambio de vida pudiera traerle un descanso á su fatigado espíritu, acaso con el deseo de alejarse de los disturbios políticos que estallaron en Francia en aquel año. Antes de partir dió un concierto en la Sala Pleyel. El triunfo fué completo porque Chopin había alcanzado su más alto grado de perfección como pianista; pero las impresiones de la velada y el esfuerzo gastado para disimular ante el público su extrema debilidad le produjeron un desmayo y Chopin cayó en pler. foyer mientras la sala le ovacionaba con delirio.

Después de una corta estadía en Londres, viajó por Escosia, donde dió algunos conciertos. Su salud estaba ya tan abatida que veíase obligado á modificar sus programas á última hora, á suprimir los trozos fuertes y á introducir variaciones en sus obras para poderlas ejecutar.

“¿Qué otra cosa podré decirte? escribía desde allá á un amigo en París. Si no comienzo mis jeremiadas es porque tú no podrías consolarme, tú que lo sabes todo... y además porque si comienzo no terminaría nunca; siempre, siempre lo mismo. Digo mal; no, no es lo mismo, cada día empeoro más. Me siento más débil; estoy incapacitado para componer, no porque me falte el deseo, sino por falta de fuerza física...”

Antes de volver á París prestó su concurso para un concierto de beneficencia en Londres. Fué ésta la última vez que se presentó en público. ¡Y en qué fatales circunstancias! Chopin ejecutaba en una sala mientras afuera una parte de la concurrencia bailaba al son de una orquesta. Su presencia pasó tañ desapercibida que los diarios ni siquiera la anotaron en sus reacciones del día siguiente.

Regresó á París en Enero de 1849. Comenzaban ya á faltarle los recursos y su estado de salud le impedían en absoluto componer ó dar lecciones. Hubo necesidad de colectar fondos entre sus amigos para atender á los gastos de su enfermedad.

Una junta de médicos reunida en Septiembre pronosticó su próximo fin. Entra desde entonces Chopin en la lenta y dolorosa agonía de los físicos. Para distraerse de sus torturas, solía pedir á Guttman, el fiel amigo que no le abandonó un instante en sus horas de amargura, que ejecutara al piano algún trozo de música ó leyera capítulos del Diccionario Filosófico de Voltaire.

Su hermana Jedrzejewicz, avisada de la gravedad del enfermo, acudió á su lado desde Varsovia. Dos días antes del trágico desenlace llegó también á la alcoba del desdichado músico la condesa Potočka. ¡Ah, qué felicidad sería oír una vez más vuestra voz! balbuceó el ilustre moribundo. Y la condesa, pálida de emoción, elevó su canto al cielo como una suprema plegaria. Esta es la escena que Barrias ha inmortalizado en su célebre cuadro.

El 17 de Octubre, á las cuatro de la mañana, Chopin expiró.



LA VUELTA DE LA PESCA

CUADRO DE ETTORE TITO

## Sinfonía del Viento Insular

En las blancas praderas  
donde tiende sus blancas banderas,  
en su reino sin mancha, la nieve polar;  
ahí tiene su claustro  
el Señor de mis Islas, el Austro,  
el soberbio corsario del cielo y del mar.

De su torre tan blanca  
cuando quiere silbando se arranca  
una rima á la nube, á la nieve á al sol,  
y á su paso de boa  
en silencio le escucha su ola  
en el cielo opalino el postrer arrebol.

Las magníficas pautas  
que él modula en pacíficas flautas  
las aprenden los genios que forman su grey,  
y las dice temblando  
en la tarde algún véfiro blando  
que enamora á una blanca insular Loreley

De ese himno pacífico,  
tan amable, ondulante y magnífico,  
ó del salmo rotundo del Austro, yo sé;  
que lo canto en mi lira  
cuando viene hacia ella y lo inspira  
una ninfa que es Reina en la gran Chiloé.



—Son mis reinos de alabastros  
tan blancos como la luna.  
El más triste de los astros  
es la luna:  
una enferma pensativa,  
sus nostalgias y tristezas  
dice arriba.  
Desde el anecho blanco polo,  
cuando el vuelo de mis águilas tan solo  
lanzo en medio de la fría claridad,  
ella treme y en sus blancos capotones se arrebujá  
y su carro y sus palomas al Poniente más empuja  
por el miedo á mi sonora majestad.  
Cuando el vuelo de mis águilas se encumbra,  
más allá de las estrellas, más allá de su penumbra,  
ó se abate junto á Orion,  
desde el torso de mis águilas diviso  
que enmudecen las orquestas en el blanco Paraíso,  
cuando escuchan mi canción.  
Yo la digo allá en lo hondo  
del Abismo donde brilla la Custodia del Sol blondo,  
más allá,  
en el cabo de la tierra, junto al eje  
donde borda con los hielos y sus randas entreteje  
una ondina milenaria mucho há;  
en la raya

perceptible vagamente donde el cielo se desmaya,  
donde empieza el mar azul  
cuyas aguas las encrespo y aderezo,  
ó las hundo con mi peso  
ó las rizo blandamente como un tul.

Son mis flautas tan flúidas  
y sus fugas como raso, como seda, van perdidas  
con su suave roce de alas por el frígido cristal:  
sus suspiros con sus tenues languideces  
son las rimas rumoreantes con que á veces  
me deslizo en un melíffuo madrigal.  
Con mis pieles de osos blancos  
yo desciendo á los barrancos  
desde donde miro al mar,  
que en su centro muellemente encumbra y besa  
á las Islas de una espléndida belleza  
con los mirtos festoneadas de una Flora secular.  
Y á las Islas yo les digo versos de oro.  
Con mis dulces eufonías yo enamoro  
á sus bosques, á su costa verde gris,  
y á sus bosques, á su costa y á sus selvas yo me enredo  
y en la hamaca de sus ramas pongo el ledo  
soplo virgen de mi flauta más feliz.

Los jilgueros  
los primeros  
en las lomas insulares dan mi voz  
y cuando oyen esta orquesta los paisajes  
más agrestes y salvajes,  
se despojan de su pálido albornoz.  
¡Oh los bosques  
cuyos vírgenes enrosques  
no penetro  
con mi cetro  
ni penetra nunca el sol;  
¡oh los bosques de las Islas cuyo elogio que es sublime  
lo modula cuando gime  
ó la blanca quilineja ó el humilde girasol...



Así dice en la folia  
sus acentos de cítara eolia,  
en el bosque, cantando, el buen viento insular.  
Así abate sus alas  
por sedosas y leves escalas  
y en su viaje descendiendo á la orilla del mar.

Y lo mira que se hincha,  
que se enrosca, así fuera una huincha,  
que se comba su seno hacia arriba, á la luz.  
Mira el viento hacia arriba  
y contempla con pena tan viva  
á la luna que brilla muy junto á la Cruz.

Un suspiro, uno solo,  
da el fornido monarca del polo  
y las nubes enturbian el puro zafir.  
Sorprendido el Océano  
por su eterno rival soberano  
sus leones enfila y le escucha rugir:

• •

—Soy el Austro, tu monarca  
cuyo imperio mar y tierra y cielo abarca.  
Son mis turbas ladradoras  
las que temés cuando bajan en las horas  
impotentes de tu rabia,  
y te agravia  
que pasee por tus ámbitos ¡oh Mar,  
mar solemne, ya decrépito  
las cuadrigas de mi estrépito,  
las que llevan en sus llantas rechinantes su chirriar.  
En mi bravo aison de guerra, en mi penacho,  
la madeja de los rayos deshilacho;  
y más fuerte que la voz de tus bisontes, mar senil,  
doy al pasmo de las noches y los días  
las egregias sinfonías  
de mis trombas iracundas en mi enorme tamboril.  
Tú me prestas  
cuando bramas, los cien coros que acompañan mis or-  
[questas,  
los cien coros, donde el silbo formidable de mis serpentes  
se remonta,  
de mis serpentes  
que repiten de unas trágicas Euterpes  
un airado canto cruel,  
y este silbo más protervo  
se remonta en tus cien coros como un cuervo  
largo y negro se remonta en el mesana de un bajel.  
Es en balde que me arrojes tus espumas turbulentas,  
tus andrajos,  
á las patas de los potros en que arrastro mis tormentas,

—hipogrifos que no ves,  
que relinchan y que piafan sus indómitos orgullos  
y que hieren y que vencen á los tuyos  
en su lírica altivez.

¡Mar vetusto,  
yo sacudo retorciendo tus millares de melenas.  
En las grietas de tus rocas yo me incrusto,  
y yo silbo en tus sirenas  
con acento largo y hondo de dolor  
cuando el trueno redoblando, redoblando, sigue al rayo  
que te hieren con su espada de soslayo,  
cuando el trueno va en las nubes redoblando,  
redoblando,  
redoblando su tambor.  
Con mis látigos te azoto  
porque sé tu amor ignoto  
á la luna,  
á la cual te encumbnas siempre con alguna  
timidez,  
cuando esponjas como un seno perhinchido tus mareas  
y en soñar que á tí descende te recreas,  
cuando baja hacia Occidente en su cándido paves.  
...La agonía y el dolor que hay en mis cantos,  
y los ayes y los llantos,  
los estruendos  
estupendos,  
los suspiros, los clamores  
y estertores,  
las blasfemias y palabras  
tremebundas y macabras,  
todo viene de los celos que yo tengo al mar austral  
donde emerge el Archipiélago chilote,  
donde flota cada islote  
como un carmen circundado de su recio tepial,  
como un carmen que brotara  
como un nido ó como un ara  
que se alzara  
bajo el dombo de cristal!...

A. BORQUEZ-SOLAR



EL PATRON DEL FALUCHO

CUADRO DE STANHOPE A. FORBE

# FRAGONARD IMPROVISADOR

(Traducido especialmente para "Selecta", por Javier Pérez)



FRAGONARD es el último de los "improvisadores". Había en otro tiempo en Italia y en Provenza de esas gentes de hermosa palabra dispuestas siempre á hacer discursos llenos de citas y de recuerdos delante de no importa quién, sobre cualquier tema y en cualquier parte. A la puerta de las posadas, en un rincón de palacio, en los patios ó en las plazas se instalaban rodeados de oyentes benévulos y á veces generosos. Se les daba un tema, hablaban sobre él desarrollando períodos sonoros, haciendo entrecrocar ideas ingeniosas, y encendiendo en los ojos de los oyentes llamas de curiosidad. Algunas monedas los recompensaban por su trabajo, un poco de gloria que se extendía á veces hasta á diez parroquias al rededor, pero su verdadera recompensa era

que se divertían locamente ¿qué se hicieron? No lo sabemos. Sin duda desempeñan hoy otro rol: puede ser que sean diputados, ó cronistas y continúan bajo otras formas más modernas el fuego artificial encendido por sus padres delante de los azadores ó en el umbral de los palacios en ruinas del mundo latino... De esta

raza es Fragonard. Desde luego, él improvisa su vida. Nada lo destina á ser pintor, ni á vivir en París. Nace en Grasse en 1732 y lo destinan para hacer de él un guantero ó un perfumista; pero he aquí que su padre habiendo puesto dinero en un negocio parisiense y aventurado la "bomba de fuego", se le llama á París para que sepa lo que se hace de su dinero, y el joven Fragonard sigue á su padre. Recorre las calles, los talleres, trabaja muy poco, husmea á los Chardin, se roza con los Boucerer y se improvisa pintor. En cuatro años conquista el premio de Roma, y como el gusto de este tiempo está en las "grandes máquinas" se improvisa pintor de historia. Como en otras cosas la historia lo fastidia y se vuelve bruscamente hacia el lado de las escenas de género, de fiestas galantes, y después de Watteau, nada ha aparecido de tan ligero y de tan vivo. Igualmente improvisa su matrimonio: había llegado á los cuarenta años sin pensar en ello. Habiendo venido de Grasse una joven para pedirle lecciones de pintura, se casa con ella.

Cuando llega la República en la que pensaba tanto como en el

matrimonio, se improvisa republicano. Su mujer corre á depositar en la Asamblea, sobre lo que entonces llamaban "el altar de la Patria" sus alhajas ofreciéndolas á la nación. El pinta cosas tricolores, gorros frigios, atributos revolucionarios en las paredes de la casa en la que va á vivir en Grasse, en las escaleras y hasta en los últimos rincones. Pasada la Revolución y surgido el Imperio, se improvisa griego romano, y de un día á otro se fastidia tanto como David. Hasta su muerte la improvisa. En 1806, á la edad de setenta y cuatro años, en plena salud, toma un resfrío al volver de un paseo del Campo de Marte, y sucumbe víctima de una congestión. Parece que nada de todo eso le ha costado un solo minuto de preparación.

Pero lo que sobre todo improvisa Fragonard, es su pintura. "Lemoine decía que eran necesarios treinta años de trabajo para conservar su croquis y Lemoine no era un tonto..." Así habla Chardin en el curso de una conversación con Diderot, y cien años más tarde, Delacroix en su diario escrito en Champrosey se promete reflejar "sobre la dificultad de conservar la impresión del croquis primitivo". Es ese el problema que en todo tiempo ha preocupado á los pintores. Fragonard lo resuelve de la manera más sencilla: no dejándola descansar. No hay dificultad para conservar la primera impresión al mismo tiempo que otras cosas porque no le agrega nada ateniéndose á su impresión primera. Desde el momento que le viene la idea de un cuadro; un juego de colores, un pasaje de tornos, él se precipita, no reflexiona, arroja lo puede en el lienzo. Lo pone como empujándolo, dibuja de un golpe, modela en plena pasta, no espera para poner un tono fresco, que el anterior esté seco, pone toda su cocina en un movimiento infernal, no respira hasta no haber terminado y dando vuelta á su lienzo escribe triunfalmente en la espalda: "Pintado en una hora de tiempo..."

Las siete obras que vemos aquí reproducidas, son poco más ó menos de la misma época de Fragonard. En 1769 pinta los dos retratos titulados "El Estudio" y "La Inspiración" que se encuentran hoy en el Museo del Louvre, en la galería Lacaze. Son de la misma generación y estilo que los del vecino, M. de la Bretèche, detrás del cual está escrito "Pintado en 1769". Los cinco cuadros: "La Sorpresa", "El Amor coronado", "La Lectura" y "Abandono", llamados los "Cuadros de Grasse" fueron pintados igualmente ó al menos empezados en 1770 y 1771.

La historia de esta obra, es al natural, la historia de la "Bella durmiente del bosque". Todas las hadas de la pintura se han inclinado hacia ella y tocándola con sus varillas, quiero decir con sus pinceles ó sus bastoncitos le han predicho los más brillantes colores: "Tú serás llamada por el Rey de Francia y poseída por el rey del Mar. Tú encontrarás al último ídolo de la monarquía y á las reinas de las Repúblicas jóvenes. Tu serás el esplendor y el movimiento, la indecisión de lo que pasa y la soledad de lo que queda: gozarás



LA CITA

CUADRO DE FRAGONARD







EL ESTUDIO

CUADRO DE FRAGONARD



LA INSPIRACION

CUADRO DE FRAGONARD



de una juventud eterna... Pero una hada vieja, á la que olvidaron invitar, esa hada que olvidamos en todos nuestros proyectos y que desordena tan á menudo nuestras combinaciones, esa Carabosse que los sabios llaman nuestra inspiradora se presentó y dijo: "Por haberme ultrajado en mis sentimientos ignorados, caerás apenas hayas nacido, en el silencio y el olvido, que son la muerte de las obras de arte". Pena que las otras potencias conmutaron así: "Tú no morirás, pero dormirás cien y más años lejos de la corte y de la ciudad en un pequeño hueco de provincia, defendido por un bosque de flores, en el fondo de un vaso de perfumes, hasta que un rey extranjero, venido de ultramar te dé la libertad con una espada de oro y te despierte á una nueva gloria".

Encargado Fragonard, "pintor del rey", en 1770, por Mr. de Barry para ornamentar uno de los saloncitos de su pabellón en Laciennes, el saloncito situado á la derecha del gran salón, cuyas paredes estaban cubiertas de planchas de madera blanca, con esa serie de escenas á las cuales se les dá toda clase de nombres, que llaman "Las edades de la vida" y también "El progreso del amor en el corazón de las jóvenes" y que puede llamárseles más sencillamente: una "Historia de amor", fué sin duda el parecer de Luis XV. Sin duda, también ella hirió algo del real que quedaba en el fondo del corazón amoroso: el pintor creyó poder dar á su joven enamorado alguna semejanza con el soberano. Era demasiado: los lienzos fueron rechazados, ellos no ocuparían jamás el lugar para que fueron hechos. Pasaron veinte años. En 1790 Fragonard partía para el Mediodía, los enrolló y los llevó á Grasse, á casa de su primo Maubert. Allí los desplegó, los puso sobre los muros blancos del salón, entre las puertas, y agregó para adornar la repisa de la chimenea un quinto cuadro, "El Abandono", lienzo que delineó solo con café y rosa. Decoró con alegorías el resto del salón y de la casa. Después salió de Grasse y nos los vió más, quedando los lienzos allí sepultados, adormecidos durante todo el siglo XIX. Se sabía que existían, pero Fragonard no estaba ya de moda, y el viaje á Grasse era muy largo y difícil en esos tiempos atrasados, en los que lord Brougham venía á Niza en silla de posta, y encontrando á Niza muy distante, fundó á Cannes. Además, era necesario forzar puertas, obtener permisos, vencer las susceptibilidades, y varias personas que habían ido para romper el encanto, para traer al mundo la belleza adormecida, no habían podido desenredar el embrollo de intrigas, ni penetrar en el bosque de dificultades que rodeaba la casa de Maubert. Al fin apareció el príncipe encantador; tenía los rasgos de Mr. Thomas Agnew. Llevaba una espada de oro en la mano que cortaba todas las cadenas. Los cinco lienzos fueron llevados á Inglaterra. Ahora están donde M. Pierpont Morgan, iluminados por la pálida luz del Hyde Park, en el suntuoso salón del Prince's Gate. El mundo entero puede admirarlos, las copias de ellos corren por los hemisferios. Para ellos es la gloria; ¿es la felicidad? Quiero decir: es ¿una feliz circunstancia estética para nosotros? Dicen ellos lo mismo que dijeron en otro tiempo á aquellos que hicieron un largo viaje para verlos y á dar una mirada furtiva á su belleza adormecida en la casita de Grasse, tras de los barrotes de hierro, al murmurio de las aguas que bajaban de la montaña y con los perfumes que subían del valle? He pensado siempre que

los más hermosos años de la "Bella durmiente del bosque", fueron aquellos en que esperaba la gloria, formando en sus ensueños imágenes del mundo, y que su despertar fué el fin de su felicidad...

Los dos cuadros "El Estudio" y "La Inspiración" de la Galería Lascaze, tienen una historia más singular ó mejor carecen de historia. Son verosimilmente dos retratos, y los títulos que después les pusieron, indican tanto como el nombre de una calle indica las casas que la componen. Fragonard no partía de una idea para vestirlos de formas como todos los verdaderos artistas, partía de un hecho pintoresco: gesto feliz ó encuentro de colores. Esas dos figuras no son otra cosa que encuentro de colores. Las viste de tonos de otoño: su hombre, de rojo, reflejo de la viña virgen y del oro bronceado del castaño, tal como ellos llaman cuando por felicidad, hay en la vecindad el azul verde de un pino del Norte que les sirve de fondo. La mujer lleva el oro pálido del acacio y del álamo, resaltados por el tono violáceo del corpiño, color de granada muy madura, y ella revisa un libro hecho de hojas de viña. Todo eso lleno de pliegues, subrayado de sombras, iluminado y penetrado de reflejos. Como un fotógrafo coloca un biombo tras de la mejilla del rostro de su modelo, del lado donde queda en la sombra para bañarlo de luz; él coloca un cuello blanco-almidonado en la espalda de su dama y la mejilla sombreada se ilumina con una luz de perla jacinto bajo. La verdad del traje le importa poco. Son muy raras las figuras de Fragonard vestidas como sus contemporáneas. La teoría moderna que quiere que el pintor represente solamente los trajes de su época, ha sido derrotada por todas esas figuras en las que nada es "vívido" y todo es viviente. Casi siempre los reboza de un disfraz ó bien bajo un traje Luis XV le pone un adorno anacrónico, un fresco del siglo XVI, un gorro de mezzetin, busca ante todo lo que hará cantar mejor el color y se burla de lo demás. Arruga todas las telas, estruja los terciopelos, pica y estira los satines, aporrea aquí, abullona allá, mueve todo para romper las monotonías y las plasticidades. Arruga hasta sus rostros, despeina á sus modelos, les tira aunque sea alguno mechones de cabello que hace flotar para dulcificar los contornos. Aquí y allá en las caras sonrosadas pone el tono negro de Franz Hals; pica hasta la sangre, pellizca las carnes; donde divisa la luz rompe en pedacitos su tono, multiplica los accidentes en donde hace rebotar su rayo de sol.

En todo esto el color es más que la línea.

Las sombras mismas son de colores muy vivos y el tono local está compuesto de una infinidad de tonalidades diversas, á menudo muy ásperas. Si como yo lo creo, debemos ver en estos tres caracteres diferentes la definición de lo que hoy llamamos el "impresionismo". Fragonard es el primero de los "impresionistas". Pero lo es sin sistema, sin nada de exclusivo, de duro ni de preconcebido. El hace todo con gracia. Va y viene en una completa libertad; cambia su manera de un día á otro, por gusto de un capricho, de una admiración, de una observación, sin esperar, sin reflexionar.

He aquí su carácter más definido. Los destiladores de Grasse distinguen dos clases de flores: aquellas que condensan enteramente su perfume antes de empezar á evaporarlo y otras que lo producen de minuto en minuto á medida que improvisan su perfume... á esas pertenece Fragonard.



EL AMOR CORONADO

CUADRO DE FRAGONARD

R. DE LA SIZERANNE



LAS SEGADORAS

CUADRO DE A. SEIFERT

# EL MOTIN DE FIGUEROA

(1.º de Abril de 1911)



MARTÍNEZ de Rozas le tenía miedo á la tropa española, á Figueroa, compadre suyo, lo cual no le impedía creerlo capaz, en un momento dado, de cortarle la cabeza. Veía modo, el doctor, de alejar ó dispersar las tropas que había fieles á la monarquía.

Vivía en Santiago un joven argentino de apellido Álvarez Jonte. Este pidiéndole al Dr. Rozas fuerzas de Chile para ayudar el movimiento revolucionario de Buenos Aires, le sugirió una idea. El doctor, con la presteza que le era propia, vió en el pedido que Álvarez Jonte un medio para alejar sus tropas del Rey.

Este asunto había que resolverlo disimulándolo. Con su maña acostumbrada, el doctor Rozas citó á los jefes militares á una conferencia que tuvo lugar el 20 de Marzo. De esta conferencia, los historiadores sólo tuvieron noticia,—por hallazgo de documentos en la familia Figueroa Larrañín (descendiente del coronel),—hará cosa de veinticinco años.

En la reunión les dijo el doctor Rozas á los militares que la Junta había resuelto enviar fuerzas en ayuda de la Junta de Buenos Aires, para consolidarla, ya que estas Juntas eran, en América, representantes del Rey en ese momento destronado. Agregó que, con este objeto, había pedido á Penco el resto del regimiento **Dragones de la Frontera**, el cual venía ya en marcha repartido por mar y tierra: algunas compañías se habían embarcado hacia Valparaíso en el bergantín **Begoña**; las otras caminaban "hacia arriba", como entonces se decía por la región central.

El palique del doctor le pasó al coronel Reina pero no á Figueroa. Este era rudo pero estaba lejos de ser torpe. Ya bastante lo había engañado su compadre Martínez de Rozas, y lo trafa violento. ¿Qué era eso? No era ya tal Junta representativa del Rey, pero sí Gobierno propio que derogaba la constitución colonial, organizaba un país llegando hasta tomar acuerdos internacionales en connivencia con las otras Juntas revolucionarias. Tal era el proyecto de enviar tropas á Buenos Aires. Claro estaba que eso lo hacía el mañoso fiscal con el solo objeto de mandar á paseo las pocas fuerzas no contaminadas por la revolución.

Figueroa vió todo eso y se lo dijo á Martínez de Rozas en la reunión del 20 de Marzo, la cual fué borrascosa. De ella los compadres (don Juan y don Tomás) salieron peleados y no

se volverían á encontrar sino después de la refriega, cuando el uno iría al patíbulo por orden del otro.

A pesar de la violenta oposición de los jefes y corifeos españoles, á pesar de las perplejidades de los moderados, Martínez de Rozas se dispuso á hacer cumplir los acuerdos de la Junta: la elección de diputados al Congreso fijada para el 1.º de Abril, y el envío de tropas á Buenos Aires.

Figueroa pensó como Mackenna, que había llegado "la hora en que debía hablar la boca del cañón".

Las elecciones se habían verificado ya en las provincias. En Santiago debían tener lugar el 1.º de Abril de 1811, en el edificio del Consulado,—monte Aventino de nuestra revolución.

Al efecto, se dispuso que á las 7 de la mañana del citado día se encontraran en ese punto (plazuela de la Compañía), á fin de resguardar el orden durante la votación y escrutinio, cincuenta **Dragones de la Frontera** al mando del coronel Benavente.

Al poco de haber llegado, los soldados del pelotón dieron muestras de indisciplina. Luego le desobedecieron de hecho al coronel Benavente, poniéndose á las órdenes de dos cabos (Sáez y Molina). Dichos cabos eran los agentes de la Real Audiencia y del partido godó.

La tropa amotinada se volvió al cuartel de San Pablo, donde tenía su cantón, dejando con los brazos cruzados al coronel Benavente. Por la calle los soldados gritaron que no querían Junta, ni Congreso; que querían Presidente como antes, y que éste lo fuera Figueroa, ú Olaguer y Feliú, ó Reina, pero ningún "insurgente".

En San Pablo el pelotón se reunió al resto del cuerpo y salió formado, á las órdenes de Figueroa, que había acudido. Siguió la calle de Teatinos hasta la de Compañía. Por dicha calle penetró en la Plaza de Armas y se puso en línea al pie del edificio de la Real Audiencia, cuyos oidores ya estaban reunidos, alto el copete, para sancionar la reacción. El coronel Figueroa subió la escalera y en el umbral de la sala de la Audiencia gritó: "¡Aquí está Figueroa...!" A esto una voz contestó: "¿Y el pueblo qué dice?" (Declaración del emisario Toro, quien subió con Figueroa).

El pueblo, hasta ese momento, nada decía. Estaba atónito, confundido. Luego diría algo, su palabra definitiva de abierta rebelión á España.

Como los Dragones recorrieron las calles con estrépito ame-

hazante y fué aparatosa la salida de Figueroa de la casa en que vivía (calle de las Monjitas); alumbraron dos señoras que, sin eso, no lo hubieran hecho tan pronto. Fueron doña Mariana Aguirre, esposa de don Francisco Ramón Vicuña, que vivía en la calle de la Compañía, cenca de Teatinos, y doña Luisa Recabarren, mujer de don Gaspar Marín, que vivía en Monjitas.

Estos alumbramientos anticipados,—de hijos que nacieron el mismo día que la Patria,—no fueron las únicas ocurrencias provocadas por la sublevación de los Dragones.

Algunos vocales de la Junta,—Márquez de la Plata y Reina,—sin saber en qué iban á quedar las cosas, se hicieron humo para quedar bien de todos modos.

Martínez de Rozas, el fiscal de la Junta, asumió su puesto de jefe de la revolución de modo inteligente y enérgico.

Vivía, el doctor Rozas en la calle de la Catedral, casi en el ángulo de Teatinos. Sintió el paso del regimiento sublevado. Al momento, sin confusión, sin sorpresa, corrió á la casa de Márquez de la Plata encontrándolo á este hecho humo (enfermo, la eterna enfermedad de nuestros políticos equilibristas en los días críticos). Pero ahí se encontró, Rozas, con el comandante de armas don Juan de Dios Vial, hombre que ese día se mostró patriota y valiente. A poco llegó á reunírseles el vocal Rosales. Al momento, los tres, acordaron ordenar á los Granaderos de Juan José Carrera (cuyo cuartel estaba en Huérfanos abajo) que vinieran á cubrir el parque de artillería de la plazuela de la Moneda, punto que, según toda lógica, Figueroa trataría de tomarse, pues constituía el núcleo de los elementos militares de la ciudad. Así se hizo.

Ese día los paisanos,—Martínez de Rozas salió vestido de toga, con zapatos con hebillas de oro, una de las cuales iba á ser la primera condecoración otorgada por Chile,—tuvieron más talento militar que Figueroa, el jefe aguerrido y terrible de la campaña de los Llanos (1). Este hombre estuvo el 1.º de abril, iluso, desgraciado y torpe. Aceptó la sublevación,—por instancia de los oidores que eran unos becerras,—inoportunamente. Habían ya desembarcado en Valparaíso, y se encontraban á pocas jornadas de Santiago, las tropas de Penco traídas por el Begoña. Si Figueroa espera dos días habría contado con ellas, que eran tropas del Rey. No tomó en consideración el ánimo popular, del cual debe imponerse todo jefe que opera en una ciudad. Ni siquiera contó las fuerzas que necesariamente le iban á resistir. El viejo coronel creyó triunfar con sólo mostrarse.

En verdad, su salida produjo un pánico en la pacífica villa colonial, que, con un poco de viveza, habría podido aprovechar para su triunfo. No obstante, Figueroa se redujo á recorrer el trayecto que vimes y á ponerse en línea en la Plaza, al pie del edificio de la Audiencia.

Aquí estaba con sus dragones, cuando el comandante Vial apareció, por la misma calle de la Compañía, con los Granaderos, que era un cuerpo de 300 hombres, dos piezas de artillería conducidas por Luis Carrera, y una turba popular algo inconsciente, pero enardecida por el fraile valdiviano Camilo Henríquez,—agitador ya probado en las asonadas de Quito,—y por el estudiante argentino, Manuel Dorrego.

Como Figueroa permanecía inmóvil al pie de la Real Audiencia, Martínez de Rozas resolvió atacarlo.

Lo que entonces pasó fué el primer combate de la que iba á ser larga guerra de nuestra Independencia, y fué cómico y trágico á la vez. La historia ha reconstituido esa escena en todos sus detalles, gracias á los apuntes del abogado paraguavense don Manuel Antonio Talavera, que vivía en Santiago, y vió lo que pasaba en la Plaza desde su propia habitación, al través de una ventana. Talavera vivía en la calle del Puente esquina de Catedral. También investigó lo ocurrido el fraile historiador Melchor Martínez. Y quedó el proceso de Figueroa, en el cual declararon innumerables personas.

Este proceso fué rápido, sin verdadera defensa, empujado por la perentoria voluntad de Martínez de Rozas hacia la comprobación de la culpabilidad del caudillo y su inmediata condena. Todo en el proceso se recienta en la presión del terrible fiscal.

Figueroa se puso pálido al ver asomar la columna patriota. No debió ser tanto por la milicia, que con éstas estaba acostumbrado á encontrarse. Debió ser por el bullicioso y grande movimiento popular que venía con las milicias de la patria y se acrecentaba por momentos. Eso significaba el levantamiento del país, el ingreso del pueblo en la revolución, la nacionalidad.

Los españoles no lo había creído; sin embargo que esa misma mañana, Figueroa, á su paso por las calles, no encontró una sola adhesión popular, pero sí mala voluntad de algunos de sus propios soldados.

La evidencia del abandono del pueblo heló el corazón del fero caudillo; y los oidores arriba, en la sala de la Audiencia, comenzaron, como ratones, á meterse debajo de los muebles. Le había llegado su última hora á la secular, orgullosa y tiránica representación del Rey.

La sorpresa y el dolor que produjo en los españoles la actitud del pueblo de Santiago el 1.º de abril de 1811, se ve clara en la amargura del relato del fraile Martínez. Trata de revolver las figuras gloriosas de Camilo Henríquez y de Manuel Dorrego, porque ellos fueron, sin duda, quienes, con su ejemplo y su palabra, entusiasmaron al pueblo y lo llevaron ese día á lo que fué para nosotros la toma de la Bastilla.

Se adelantaron los jefes,—Figueroa y Vial,—hasta quedar separados por la acequia á tajo abierto que corría por el centro de la Plaza. Ahí hablaron con voz fuerte que pudo sentirse en

cuatro cuadras á la redonda. Figueroa le intimó rendición al comandante de armas (Vial). Este le contestó que sólo á la Junta reconocía como superior. La guerra entre Chile y España quedó declarada.

Se retiraron los jefes. Las tropas avanzaron. Cuatro descargas de fusilería atronaron el aire, dispersando á la vez pueblo y tropa en medio de prolongado alarido, de confusión indecible: el miedo del primer momento de la gran batalla que cuatro años después acabaría en Rancagua con desconocido heroísmo.

Un sargento, hijo del comandante Vial, cuanto todos huían, corrió detrás de Figueroa disparándole con una pistola, sin dar en el blanco. Por esta hazaña se le concedió el uso de una pistola bordada en la manga, á guisa de jineta. A esto debió el sobrenombre de "Pistolita" que tuvo hasta su muerte, ocurrida en 1857.

Disipado el humo de las descargas, la plaza se vió con unos veinte hombres tendidos en el suelo, con la rigidez de la muerte unos, retorciéndose otros y dando quejidos. Fueron siete muertos y trece heridos. Eran soldados de ambos bandos. Cayó también un paisano, uno sólo. Y no fué un ciudadano "encendido en patriótico heroísmo", como pudiera pensarlo el poeta: fué un idiota conocido en el Santiago de entonces en el apodo de "pan francés". Iba corriendo despavorido por las gradas de la Catedral cuando lo alcanzó una bala perdida. Con el casual sacrificio de un alienado comenzaba esa guerra que iba á contar entre sus víctimas héroes y genios.

Después de las descargas ambas fuerzas contendoras huyeron á la vez, creyéndose ambas derrotadas. Lo que hubo fué que ambas tuvieron igual pánico.

Los dragones de Figueroa corrieron hacia San Pablo. Algunos continuaron por el camino á Valparaíso. El jefe, Figueroa, se retiró "á paso lento", bajo los tiros de "Pistolita". Insistió en su declaración sobre el hecho de haberse retirado despacio y tranquilo, lo cual nadie lo puso en duda, pues su valor temerario era reconocido. Golpeó en el Monasterio de la Victoria, en la esquina de la Plaza y de la calle de las Monjitas (esas monjas le dieron el nombre á la calle). Las monjas atemorizadas no le abrieron. Siguió el caudillo vencido, siempre tranquilo, por la calle de la Nevería (hoy 21 de Mayo) hacia el Convento de Santo Domingo, al cual se le vió entrar.

Los Granaderos no pudieron arrancar, como los Dragones, debido que al volver la espalda se encontraron con jefes enérgicos: Martínez de Rozas, Rosales, los dos Carreras, Camilo Henríquez, Manuel Dorrego y los demás. Eran patriotas resueltos, hombres que sabían á dónde iban. Reorganizaron la columna y la devolvieron á ocupar la Plaza, poniéndole cerco, primero á la ratonera de la Real Audiencia, y luego al Convento de Santo Domingo.

Martínez de Rozas se presentó á los oidores con ademán iracundo. Los pobres viejos se arrinconaron tremulosos en el fondo de la sala de Audiencia. El Fiscal los increpó, llamándolos cómplices de Figueroa y haciéndolos responsables del derramamiento de sangre. La multitud gritaba detrás del caudillo revolucionario, sosteniendo sus palabras con un calor en el cual los oidores pudieron sentir que ya había concluido el imperio del copete.

"Detrás de Martínez de Rozas una voz gritó: ¡Que maten á esos pícaros!..." (Diario de Talavera).

Los oidores, como pudieron, alegaron haberle mandado al Fiscal de la Junta, muy de mañana, una nota por la cual se le daba parte de ese movimiento "promoviendo la causa del Rey, de la nación y de la patria", é invitando á la dicha Junta, así como al Cabildo, "á evitar el sinnúmero de males que los perturbadores del orden é innovadores pretendían ocasionar, etc., etc."

Era la verdad. Los oidores habían redactado esa nota el día antes, con estilo cuidado y capcioso. Pero no le llegó á Martínez de Rozas; el portador de ella se perdió en el tumulto. Se creyó hasta el año 1884 (época en que Vicuña Mackenna publicó por primera vez el texto de esa nota), que no había existido sino como disculpa en los labios trémulos de los oidores.

Martínez de Rozas bajó, seguido por la multitud, para continuar en su obra de dejar ese día cimentada la patria chilena. Los oidores se escurrieron por las calles metiéndose en sus casas como ratones en cuevas. Ya no volverían, los orgullosos, despóticos y venales personajes, á "hacer tribunal", en nombre del Rey, como lo hicieron durante doscientos años explotando un país y una raza.

Al poco mandaron sus renuncias, los cinco oidores, y pidieron sus pasaportes para el Perú, menos el decano, don José de Santiago Concha. Este se retiró á su propiedad en Nuñoa (vecina de la capital), donde acabó sus días.

Desde ese momento gobernó Martínez de Rozas, ó sea el Director Ejecutivo; más tarde gobernaría el Congreso; después José Miguel Carrera, hasta la reconquista, que fué una vuelta efímera del poder español, entre una derrota y un triunfo de los patriotas.

La Real Audiencia ya no volvería á gobernar. Cúpole á don Juan Martínez de Rozas, á las 9 de la mañana del 1.º de abril de 1811, al invadir la sala, acabar con la representación del Rey en Chile, instalada solemnemente el 7 de septiembre de 1609.

No había Presidente ó Capitán General, desde el 18 de septiembre de 1810. Pero había Real Audiencia, luego había Rey. Desde el 1.º de abril de 1811 no hubo Real Audiencia. Esta es la verdadera fecha de nuestra independencia.

El Directorio Ejecutivo creó en reemplazo de la Real Audiencia, iniciando nuestra administración de justicia, una Corte de Justicia.

(1) Célebre cruzada de Figueroa contra los araucanos en 1792, en la cual se demostró jefe competente y tan cruel, como los antiguos conquistadores.



SU PRIMER PESAR —

CUADRO DE G. E. HICK

# ==“Aquí no hay más gallo que yo”!

El doctor abrió una piña que perfumó apetitosamente la habitación, construída con bambúes, gruesos como una viga, y enormes hojas de palmera, y dijo, afirmando los codos en las rodillas:

—He conocido mucho á Cipriano Castro. Le decían “Cipriani- llo”. . . Era naranjo cuando lo traté por primera vez en el pueblcito de Capacho, donde yo ejercía entonces..

Me interesó aquel novedoso preámbulo narrativo y me acerqué á los viajeros que, camino de Popayán, hacían alto con “zamarros” (1) y todo mientras pasaba la tormenta que en ese instante pegaba fuerte y feo.

Inflaban los truenos su voz de persona acatarrada y de mal genio y los rayos caían, desgajando aguacates y palmeras, como en plena “Tempestad” — me refiero á la zarzuela, naturalmente.

La posada que nos albergaba estaba casi al fondo de una quebrada y á través de las ramas mal unidas que formaban sus paredes, podía verse perfectamente cómo caían la lluvia y los rayos en el monte cuajado de helechos, orquídeas y serpientes que podían ser objetos de buena joyería y piedras finas, si no fueran tan venenosas y mal intencionadas.



Cipriano, según el doctor, era oriundo de San Faustino ó de algún otro santo tranquilo, sin gran rol en los negocios celestiales, y modestamente instalado con su parroquia en la frontera de Colombia y Venezuela.

De mediano, Ciprianiillo había trabajado en una recua que transportaba carga y otros enseres al río Zulia; pero antes de mucho, y ya con recua propia, salió á correr el mundo, que es ancho y grande.

El chico era muy “chispa”, como dicen por allá, y antes de mucho pudo decir como el maulino de acá de estas tierras:

“En los tiempos de rodeo  
soy de aquellos sin cotejo:  
ensillo una manca vieja,  
flaca que no importa un bleo;  
sobre á caballo toreo  
porque soy completo huaso;  
para tomar vaso á vaso  
soy el tirado con onda,  
en mi montura redonda  
á lo arriero cargo lazo.”

(1) Especie de pantalón de montar, de cuero de buey.

Ya en Capacho, Ciprianiillo se interesó por la política; dijo que él era rojo,—acaso para desteñir con su color sectario los sombreros del mulato,—y compró trabuco y machete de cuatro dedos de ancho, de los que suelen cortar un rifle de un mandoble.

En seguida, se puso un guarapón de jipijapa en la cabeza y se miró en el espejo de una barbería: se encontró bien, guapo y buen mozo. Parecía un gamonal y antes de mucho sería de una vez comandante y coronel.

Qué le faltaba! Tenía mulas de carga y gallos de pelea y cuatro ó cinco botellazos bien pegados habían asentado del todo su fama de matón. Sería general. Compró bestia y montura y en un ¡ay Jesús! aprendió á leer, por que, la verdad ha de decirse, el mulatillo era, realmente, muy “chispa”.

Le apuntaba el bozo y sus ojos retintos y agresivos, le daban un aspecto resuelto de muchacho dispuesto á todo con tal de sacarse en Capacho el cuerno de la lotería.

Tenía hasta “niñas” que lo adoraban en silencio por su fama de gastador, galante y pendenciero.

Además, tenía gallos de pelea. Y los tenía en resuelto contrapunto con los del Gobernador, que también concurría en persona al reñidero, llevando hasta dos gallos de pescuezo colorado bajo la “ruana”.

En Capacho, la autoridad era entonces conservadora,

como el Gobierno, y Ciprianiillo, cuyo prestigio local aumentaba de día en día, era á su vez tanto ó más rojo que el pescuezo de los gallos del señor gobernador.

Quince ó veinte adeptos incondicionales, perpetuamente abonados á los derroches de aguardiente de caña que hacía el héroe en ciernes, lo seguían á sol y á sombra. Le bebían los vientos y lo declaraban hombre capaz, llegado el caso, de “trancarle” al gobernador de Capacho ó á quien se atravesara por delante. No se equivocaban los feligreses de Ciprianiillo, quien, cada vez que divisaba al gobernador, empezaba á escupir por el colmillo y á echar un caño de humo por cada ventanilla. Fumaba mucho, bueno y tan fuerte, que llegaba á dar golpe en el pecho.

Se sentía ya el hombre más importante de Capacho. Lo era: manejaba plata, mujer, bestia ensillada y machete de una mano de ancho.

Nada le faltaba; á no ser una revolución de encargo que le permitiera salir á cancha—aunque fuera de gallos. . .

¡Era una desconsideración la de su partido, pasarse tantos meses sin armar una trifulca!



Y al hablar así, secreteándose con su gente, en el cafetín. . .



Por desgracia, tanto en Caracas, la capital, como en Capacho, el lugarejo lejano, se continuaba gozando de la paz y gloria del Señor.

"Cachifos"! (2).—decía por los jefes liberales el futuro héroe de la victoria.—Se los ha tragado la tierra y no hay quién dé con ellos!

Le hacía, pues, mucha falta una revolución y se cansaba de esperar.

La revolución no venía ó venía retrasada... Tendría, que lanzarse por su cuenta. No había más remedio. ¿O querían que se llevara toda la vida esperando? No podía aguardar más. Ni era patriótico porque tenía pensado regenerarlo todo y hacer las cosas bien y de nuevo. Corretearía á los extranjeros que, según él, sólo servían para llevarse haciendo reclamaciones y sí, en efecto llegaba ¡ah! se llamaría así, de un hilo: "Cipriano Castro, Presidente Constitucional y Regenerador de Venezuela."

Registró bien el gajnate de su trabuco, compró algunos más y preparó su gente. ¿Para qué?

"Ya verían", si también era un "cachifo", como esos generales liberales á quienes nadie lograba ver el polvo!

Y al hablar así, secreteándose con su gente, en el cafetín, pasado á aguardiente de caña y humo de tabaco fuerte, volvía á escupir por el colmillo para envalentonar más á sus circunstancias medio intoxicados.

Sólo les pedía el más completo sigilo y que al día siguiente concurriera cada cual armado á la pelea de gallos, á la cual, asistiría, como de costumbre, el gobernador.

Luego se vería quiénes eran hombres y quiénes no lo eran... Mucho silencio, eso sí, y no confiar el plan ni á la almohada, como que se iba á jugar la cabeza.

¿Pero en qué consistía ese plan?

Hé aquí lo que Ciprianillo, convertido en caporal de la próxima conspiración de Capacho, había resuelto no decirle á alma nacida.

—Ya verán—dijo y pidiendo otra copa, la del estribo, agregó:

—Hasta mañana ¿eh?



Estaba al día siguiente muy alegre y concurrida la cancha de gallos. A las dos, llegó Ciprianillo bien fresco y chapeado, y después de mirar con autoridad á su alrededor se sonrió, limpiándose la boca con la manga: estaban todos sus niños, no faltaba ni uno solo, como que también eran buenos gallos, escogidos por persona competente en la materia.

Ciprianillo se sentó y aguardó porque, como era natural, se esperaba para dar comienzo á la riña á la llegada del gobernador. Llegó por fin con un gallito inglés, legítimo, debajo de cada lado de la "ruana" (3) y cuando su señoría echó en la cancha su primer animalito, saltó Ciprianillo al medio del redondel y amartillando su revólver dijo, acogotando al gobernador:

—Preso, y sepa que aquí no hay más gallo que yo!

—Viva Cipriano!—gritaron, disparando sus armas, los amigos del nuevo caudillo, quien quedaba de hecho proclamado gobernador de Capacho.



—Ya no era Ciprianillo, sino Cipriano—terminó pronto con la tormenta el doctor de paso para Popayán.

E. RODRIGUEZ MENDOZA.

(2) Niños, pequeñuelos, insignificantes.

(3) Manta.





# RECORDANDO A VERLAINE

Il est fou, dites vous? Je le crois bien. Certes, il est fou. Mais prenez garde qui ce pauvre insensé a créé un art nouveau et qu'il y a quelque chance qu'on dise un jour de lui ce qu'on dit aujourd'hui de François Villon, auquel il faut bien le comparer: "C'était le meilleur poète de son (temps)".

Anatole France.

Todos los años, el 9 de de Enero, un grupo de artistas bohemios, presidido por el poeta Leon Dierx, se reúnen en un apartado restaurant de París para celebrar, en amable intimidad, el aniversario de la muerte de Paul Marie Verlaine, el más grande de los poetas de la Francia moderna. Este año, según lo anuncian los telegramas, las fiestas en honor del viejo sátiro divino, han sobrepasado el entusiasmo de los anteriores. Además de la simple reunión en el restaurant Verlaine, hubo manifestaciones en los cafés y en las calles, desborde de entusiasmo entre los estudiantes y las mujeres de letras, y el comité que preside el poeta Dierx acordó invertir fondos para la pronta erección del monumento en los jardines del Luxemburgo, frente a la estatua de Leconte de Lisle y no lejos de la de Watteau.

Por fin, después de quince años de muerto el poeta de "Lagesse" tendrá en París una estatua que guarde su memoria entre los árboles del Luxemburgo y cerca del Barrio Latino, cuyas calles tantas veces le vieron arrastrar su pierna anquilótica de sátiro maldito.

¡Pauvre Lelian! Nunca contra la memoria de un nombre fué más injusta la posteridad. Con creces ha pagado los desarreglos de su vida bohemia y la locura de su juventud borrascosa. Las debilidades de esa pobre alma enferma de ideal. **Anima blandula, vagula** no han sido olvidadas del todo. Aún se recuerda sus dolorosos calvarios al través de los palacios de invierno y de los calabozos. La ciencia de hoy, de un Max Nordau, le clasifica entre los degenerados; los viejos rutinarios que aquí sueñan con el romanticismo, le desprecian; tan sólo la juventud que ha leído sus versos y sabe de la amargura de su vida claudicante, le llama el más grande de los poetas de la Francia moderna. De poder compararse con alguien sería preciso recordar á aquel otro vagabundo glorioso, Villon, que, como él, tuvo la divina locura de derrochar su vida en alas de un ideal loco. Nunca con más propiedad que en el caso de Verlaine se podría traer á colación aquello de Nietzsche: "Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu". Así la obra del poeta de "Fêtes galants" es siempre un reflejo de su vida atormentada, aún en aquellos sus versos de la primera época que responden claramente á la influencia de los parnasianos. Recordemos la conocida *Chanson d'automne*:

Les sanglots longs  
des violons  
de l'automne  
blessent mon coeur  
d'une langueur  
monotone.

He aquí al cantor elegíaco que sueña con Dante Gabriel Rossetti en la tristeza armoniosa de la melancolía. Su visión de las cosas se transforma en una evocación sutil. Jamás el poeta sale de sí mismo. De aquí también que sus poesías sean de una intensidad dolorosa, pues vive aprendiendo á conocerse como el filósofo heleno. Las angustias de la vida le han enseñado, así antaño á Heine y á Novalis, á comprender ese profundo misterio del sufrimiento, que decía Victor Hugo.

Al comparar sus versos con organismos vivos por el calor

sentimental y la palpitación rítmica, escribió con mucha propiedad Francisco Contreras diciendo que de poderlos romper, "saldría sangre de ellos como de un corazón". Alguien le ha llamado un alma que llora, que solloza como el lunático Pierrot evocando sus amores en un parque olvidado al caer el Otoño. La desesperanza y el dolor eterno inspiran sus canciones. Ya evoque ó ya describa el tono elegíaco, hondamente triste, es á manera de un *leit-motiv* sentimental que valoriza el ritmo de estrofa:

L'étang reflète  
profond miroir  
la silhouette  
du saule noir  
ou le vent pleure.

La armonía del ritmo no decae un instante. Es la suprema vaguedad evocativa

ou l'indécis au précis se point...

que con tal maestría ha quedado en la siguiente estrofa:

Il pleure dans mon coeur  
comme il pleut sur la ville;  
quelle est cette langueur  
qui pénètre mon coeur?

Se pensará de una angustia contenida que se exterioriza en el dolor de una mirada perdida. El verso no es ya para el poeta un mero instrumento descriptivo, como lo comprendieron los parnasianos. El no odia, como Baudelaire "le mouvement qui déplace la ligne". El verso en su obra traduce toda su potencia emotiva, tiene, según el decir de Barrés, "el acento comunicativo de sus dolores".

Verlaine, después de errar por todos los campos de la poesía, desde el Parnaso hasta el simbolismo, creyó encontrar primero su verdadero camino de Damasco en el paganismo (de esta época son "Fêtes galants" y "Palms saturniens") y, luego en el catolicismo, cuando encerrado en una prisión belga, sintió abrirse los ojos de su espíritu á la luz del divino Cordero. Entonces nació para el arte el poema más grande y doloroso de la moderna poesía: "Sagesse". Nunca en versos más puros y cristalinos se cantó á la Virgen; nunca con mayor recogimiento se entonaron sonetos de una tan serena belleza á la gloria del Señor. Después de leer los admirables versos de este libro

se preguntaba Jules Lemaitre, en una ocasión: "¿Habéis encontrado, ya sea en Santa Catalina de Sena ó en Santa Teresa, efusiones místicas de una mayor belleza? Y pensáis que un santo haya jamás hablado de Dios mejor que Mr. Paul Verlaine? Yo creo que es talvez la primera vez que la poesía francesa ha expresado verdaderamente el amor de Dios".

En su calabozo de la prisión de Mons, donde permaneció dieciocho meses el poeta, escribió los poemas de "Jadis et Naguère", y la mayor parte de sus poesías religiosas.

Pauvre Lelian, como se llamó á sí mismo en "Poetes Maudits", era un decepcionado. La vida le había tratado muy duramente. Cual un nuevo Job, no tuvo más caricias que las de los besos compasivos de las estrellas, eternas compañeras de sus largos desvelos.

Sin embargo, á pesar de su lamentable estado de ánimo en el presidio de Mons, una serena conformidad espiritual comienza á nacer en él, que ha de convertirse luego en un sincero misticismo. El viejo sátiro maldito de "Fêtes Galants" como,

un oiseau sur l'arbre qu'on voit  
chainte sa plainte...

y se resigna á sobrellevar la cruz á través de un largo calvario:

“Qué hacer entre los cuatro muros de un calabozo, sino leer y escribir—dice uno de sus biógrafos.—Verlaine lefa, pues, bastante. Con su imaginación siempre exuberante, se veía ya fuera del presidio, obligado á ganarse la vida. ¿Mas, cómo hacerlo? El madura varios proyectos. Uno de ellos sobretodo le seduce: regresar á Londres (había estado ya en la metrópoli inglesa, en compañía de Rimbaud durante el Otoño y el Invierno de 1872) y fundar allí una agencia de traducciones. Así logra aprender, por fuerza, algo de inglés. Bien pronto lee corrientemente esta lengua. ¡Qué alegría! Sin embargo, luego olvida estos entusiasmos y da principio la verdadera época de crisis que ha de transformar su vida de artista y de hombre.

En el obscuro calabozo de la prisión, un Crucifijo arrimado al muro atrae sus miradas, sondea en su alma pagana y acaba por hacerle reflexionar sobre sus propias miserias. Un buen día recibe la noticia que el tribunal ha pronunciado el divorcio temporal entablado por la familia de su esposa. La esperanza de que un día pudiera obtener el perdón de la madre de su hijo, se desvanece. Poco después su conversión al catolicismo es completa. “Yo no sé qué fuerza me sacudió de repente,—escribe—arrojándome fuera de mi lecho, sin que tuviera el tiempo siquiera de vestirme, y me prosterné con los ojos bañados en lágrimas, sollozante, á los piés del Crucifijo y de la imágen supererogatoria, evocadora de la más extraña, aunque para mí la más sublime devoción de los tiempos modernos de la Iglesia Católica”. Entonces Verlaine “abandonó sus lecturas profanas,—escribe en su libro sobre el poeta Leché y Bertant—se puso á leer á José de Maistre, á los padres de la doctrina, San Agustín. Además, se dió á estudiar el latín.” Fácil es recordar, como fruto de las lecturas del Obispo de Hipona, aquellas estrofas de “Lagesse”, llenas de un místico encanto:

Seigneur, c'est trop? Vraiment je n'ose. Aimer qui? Vous?  
Oh! mon! Je tremble et n'ose! Oh! vous aimer je n'ose,  
je ne veux pas! Je suis indigne. Vous, la Rose  
immense des purs vents de l'Amour, ô vous, tous.  
Les coeurs des saints, ô vous qui fûtes le Jaloux  
D'Israel, vous, la chaste abeille qui se pose  
sur la seue fleur d'une innocence mi-close,  
quoi, moi, moi, vouroir, vous aimer. Etes-vous fous.

El crucifijo que en su prisión le acompañaba durante todas las horas de angustia, hará que su espíritu se fortifique en las tribulaciones de la vida. Renace en él la esperanza de algo celestial que le alienta. Entonces sentí verdaderamente la fé;—dice en “Mes prisons”—me sentía puro, era casto; conocí la alegría y la salud. Ni un mal pensamiento me asaltaba. Mi espíritu estaba tranquilo y esa era una sensación casi física.”

Mon Dieu m'a dit: Mon fils, il faut m'a'imer...

Como á San Pablo, en medio de la jornada, la voz del Señor le muestra su verdadero Camino de Damasco, y el viejo fauno siente renacer en su alma la rosa de la pasión. La primavera ha llegado á su espíritu fatigado:

O mon Dieu, j'ai comme que tout est vil  
et votre gloire en moi, s'est installée,  
o mon Dieu, j'ai connu que tout est vil,

Sin embargo, esta divina locura desagradó á no pocos. Pauvre Lelian estaba enfermo. Los más no comprendieron la grandeza trascendental de “Lagesse”. Tan sólo ahora, cuando ya van corridos luengos años, se ha venido á sentir hondamente el soplo divino que inspiró aquellos poemas, puros y serenos, escritos con sangre y con lágrimas. Nordan y con él no pocos estetas, sabios doctores en ciencias extravagantes, han llegado hasta dudar de la sinceridad en la conversión de Verlaine. Es el mismo caso de Huysmans, se dicen; esto es, el arte religioso como norte que atrae á ciertos poetas rebuscadores de bizarrías. León Bloy, cuyas instrucciones artísticas están muy distantes del vulgo, al hablar del poeta de “Lagesse”, jamás dudó de su sinceridad, le tuvo por su convencido.

Su conversión al catolicismo se revela de improviso, como un largo sollozo contenido que estallara de repente en sus ojos y en sus labios; sin embargo, la gestación de aquel cambio venía de muy antiguo; dormía en el alma del poeta como la larva de una mariposa que aguarda la primavera para romper su capullo. El lo ha dicho en el tercer poema de “Lagesse”:

Dans tous les mouvements bizarres de ma vie,  
de mes “malheurs”, selon le moment et le lieu,  
des autres et de moi, de la route suivie,  
je n'ai rien retenu que la grace de Dieu.

Como los beatos de Fra Angelico, Verlaine se siente inundado por la dulce tranquilidad espiritual de la religión. La oración llega á él, como Beatriz hacia el Dante, en forma de una dama sobre una nube.

Qui d'un signe, fit fuir la Chair

El sátiro ha muerto en el poeta; el pescador consolado se rego-

cija de su triunfo y va hacia la alegría con los brazos abiertos:

Accueillir la voix qui persiste  
dans son naïf épithalame.  
Aller, rien n'est meilleur à l'âme  
que de faire una âme moins triste!

Por aquel tiempo Verlaine se preocupa tan sólo de la salud de su alma. Las lecturas acaban de ganarle enteramente á la religión católica. El capellán de Mons es su amigo y su consejero. En una carta, de aquella su primera semana de convertido, refiere, con adorable ingeniosidad, su confusión: “Figúrate que es la primera después de aquella de la víspera de mi primera comunión. Pecados, sensuales, sobre todo, pecados de cólera y de intemperancia, pecados de mentira, de vagos é inconscientes engaños—pecados sensuales, insisto en ello...” Su exaltación mística es un desborde de todos sus sentimientos: “Yo creía, yo veía, yo estaba iluminado,—dice,—en verdad, había ido al martirio lleno de júbilo”. Siguiendo el consejo de su director espiritual, el poeta prosigue sus trabajos comenzados, lee y escribe.

El 16 de febrero de 1875 Verlaine cumple su condena y abandona por fin la prisión no sin cierto desconsuelo. Que ya lo dijo el poeta que hasta el galeote le cobra cariño á su condena. La madre le aguarda á la puerta de la prisión para llevarle luego á Fanpoux, á las ricas praderas del Norte, en pleno corazón de la Wallonia. Sin embargo, el campo acaba por hastiarle y se hace profesor de una familia en la villa inglesa de Stirkney. Un año después regresa á Francia y para instituirse como profesor de literatura, historia, geografía é inglés. En vano buscará un editor para su libro “Lagesse” cuyos manuscritos duermen en su carpeta desde la salida del presidio de Mons. Por recomendaciones de Sepelletier logra ser admitido como colaborador en el diario “Reveil”. Escribe ensayos, notas de humor y granos de filosofía, según el decir de Leché y Bertrant, que son coleccionados años más tarde con el título “Las memorias de un Veuf”. Por aquel entonces conoce Verlaine á Tristán Corbière, Villé Griffin y Laforgue, que redactaban la hoja “Lutecia”, donde no pocos poetas hicieron sus primeras armas. En febrero de 1885, de resultados de un altercado tenido con su madre, el tribunal de Coulommies le condena á un mes de prisión. Entonces comienza para el poeta una de las etapas más angustiosas de su vida. Al salir de la cárcel de Vouziers se encuentra desamparado, sin recursos de ninguna especie, con su madre que estaba casi totalmente arruinada. Vuelve á París á continuar una vida desarreglada, de dolorosa espiación, en plena bohemia.

Las largas noches de vigilia no hacen que precipitar su antigua enfermedad que le anquilosa la pierna izquierda, y acaba por llevarle al hospital. Sus continuas estadías de Pauvre Lelian en sus palacios de invierno le distraen por instantes de la vida azarosa de los cafés. El poeta se siente tranquilo, sin mortificaciones de ninguna especie. “Las ideas de la muerte, muerto para el mundo, muerto para sí mismo,—escribe,—se evaporan con los olores del éter y del fenol”. Como en un extraño paraíso del silencio se olvida de todo. Es un

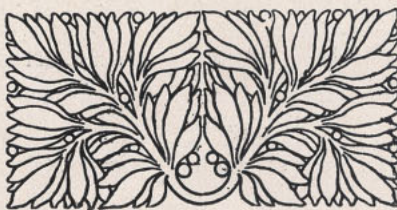
convalescente di squisito mali

que diría D'Annunzio. La enfermedad que le traba la pierna izquierda se acentúa con los fríos del invierno. El estómago, gastado por los aperitivos, apenas si funciona. Sus ojos se hundan poco á poco, dándole al rostro una expresión de dolorosa tristeza que contrasta de un modo macabro con la cálvicie de su cráneo mongoloide. “Producía el lastimero efecto de una estatua de la desesperación—escribe un su amigo.—En su rostro, donde comunmente se traducen todos los deseos, asoma la desolación más negra, agotamiento de la esperanza y del ensueño”.

La noticia de la muerte de su madre le produce el efecto de un horrible sacudimiento interior que renovará su sér maduro ya para el martirio. Entonces abandona por algunos días el hospital para asistir al entierro de la que fué su última esperanza sobre la tierra. Su miseria es más difícil que nunca. “Se me ofrece (Mendes) ó más bien dicho se me promete colaboración en los diarios—escribe á Sepelletier poco después de su ingreso al hospital Tenon”.—Mas, todo esto no pasa de ser un proyecto que no se realiza. Poco á poco acaba por habituarse en su lecho de enfermo. Lee á Saint-Beuve, á Virgilio y á Horacio. A veces reflexiona con amarga ironía y escribe: “El lecho que ocupó esta vez en el hospital Labrousse, y que lleva el número 27 bis de la sala Seigle, tiene la particularidad que de todos los enfermos que lo han ocupado, excepto dos ó tres no han muerto”. Sin embargo, á pesar de su desesperanza, apenas logra restablecerse, se despiertan los deseos en él de vivir del producto de su pluma. Su destino ya está trazado. Sabe de antemano, como escribía al comenzar su libro “Poemas saturniens”, que

Leur plan de vie étant dessiné ligne a ligne  
par la logique d'une influence maligne.

no podrá escapar á su miseria ya que ha nacido bajo el signo fatal de Saturno.





Monumento de O'Higgins.—Proyecto de Córdoba que obtuvo el primer premio

## O'Higgins en Buenos Aires



A gran capital del Plata verá pronto unidos en el bronce y en la inmortalidad, á los dos compañeros inseparables de la grande epopeya de la independencia hispano-americana, á O'Higgins y á San Martín, de igual manera que lo estuvieron en las difíciles y abrumadoras luchas de nuestra grande historia. Se reunirán de nuevo, al través de un siglo, en la misma ciudad que les dara albergue y consagración definitiva. En su hermoso homenaje, nuestros vecinos, consagran á O'Higgins, como héroe de caracteres mundiales.

Varios proyectos de monumentos se han presentado á la comisión, mereciendo el primer premio la hermosa estatua ecuestre de Córdoba, que nos presenta al héroe, con la espada en alto, precedido de figuras alegóricas que son como la apoteosis de la existencia toda de nuestro gran soldado.

O'Higgins fué todavía mucho más que eso, fué algo como un precursor; su acción, no solamente fué obra militar, sino, lo es que es todavía más, fué también obra moral, y su asiento está indicado entre los precursores de la historia de la independencia americana. Así le vemos en las postrimerías del siglo XVIII, en medio de las agitaciones de la revolución francesa, ocupado en compañía de Miranda, de Monteagudo, de San Martín y de otros grandes espíritus, en concertar el movimiento que hubo de producir en breve la independencia de nuestro continente. En Londres fué donde O'Higgins puso en íntimo contacto con el general Miranda, y en donde tuvo por primera vez la intuición de que se acercaba el momento de emancipación americana. Allí, en íntimo cambio de ideas con los futuros grandes jefes del movimiento redentor

de América, sintió germinar dentro de su alma esas primeras y vigorosas semillas que habían de producir la libertad de un pueblo. En 1802, en Cádiz, vemos instalado al general chileno, en casa de don Manuel de la Cruz, á quien había sido recomendado por su padre, el virrey O'Higgins.

Frizaba entonces la edad del héroe con los veintinueve años y había permanecido nueve en Europa, en íntimo contacto con los espíritus revolucionarios que soñaban con la independencia. Su padre lo supo, estallando su cólera en forma tremenda para el joven. Escribió á de la Cruz para cortar la pensión del joven estudiante á quien repudiaba. Diríase que su alma de viejo realista adivinaba los pliegues secretos que su hijo había recibido de Cotz Madariaga, el futuro tribuno de Caracas, cuyo verbo apocalíptico propagaba las ideas entonces subversivas de independencia.

Ya, en Europa, en época tan lejana, podemos ver la acción revolucionaria en los espíritus de los jóvenes educados en Europa. Los jefes futuros de la revolución aparecen entonces ligados por lazos secretos é invisibles de las almas. Transcurrirán muchos años antes de que volvamos á ver juntarse en un haz esos mismo espíritus, á los cuales movía desde entonces un mismo espíritu, un mismo soplo.

La vida del general O'Higgins en Cádiz fué una verdadera odisea. Retirada la protección que su padre le concedía, se encontró el joven O'Higgins enteramente privado de recursos, más, gracias á la piedad que de él tuvo el señor de la Cruz, pudo mantenerse en España. Un detalle gráfico: O'Higgins tuvo que dar su "piano forte" á Cruz, que era avaro, para que éste continuara procurándole alimentos y habitación. Ese piano era el obsequio que el héroe futuro



Segundo premio. Gmo. Córdova



Tercer premio. Virgíno Arias

destinaba á su madre para la vuelta á Chile. De la Cruz se adjudicó el piano en la suma de ciento cincuenta pesetas. Pero el héroe, en cambio tuvo con qué comer durante algún tiempo. El joven O'Higgins no supo, al principio, cuáles pudieran ser las causas del rigor paterno. La historia sólo vino á revelarnos el secreto muchos años más tarde; todo aquello era el fruto de una intriga iniciada desde Lima. Era que la designación de don Ambrosio O'Higgins, en su carácter de virrey del Perú, le había suscitado numerosas envidias, llegando hasta formarse un partido en la nobleza limeña en contra del nuevo gobernante, á quien se acusaba de proteger á los ingleses, sus compatriotas. El virrey del Plata, don Gabriel de Avilés, que deseaba ser trasladado á Lima, no omitía medio alguno para minar la posición de su rival. En esta situación llegó á su noticia que el hijo del virrey de Lima se encontraba en íntimo contacto con los revolucionarios de Londres, y particularmente con Miranda. Naturalmente, la noticia llegó en el acto á la corte de España, y en seguida al propio virrey O'Higgins. La noticia debía producir la más honda impresión en un padre que se distinguía por su fidelidad al rey y á la monarquía española. El viejo servidor de España fué llamado á rendir

cuenta de la actitud de su hijo, y separado al mismo tiempo de su elevado puesto. Por aquel mismo tiempo debía tener lugar uno de los episodios románticos y sentimentales de la vida de O'Higgins. Se había enamorado en Margate de la hija de un hotelero, llamado Heal. Muchos años más tarde,

cuando ya cubrían sus sienes los laureles de muchísimas victorias, y se encontraba completamente alejado del poder, recibió el ilustre general una carta de su antiguo compañero de armas, el general O'Brian, que le enviaba al mismo tiempo un retrato, junto con estas palabras: "Os envío el retrato de Miss Carlota Heal, vuestra antigua amada (your old sweet heart). Debieron caer melancólicamente sobre el desencantado caudillo los recuerdos del amor de su infancia. Había dado libertad á su patria, había combatido en numerosas batallas recibiendo muchísimas heridas, había organizado el ejército chileno-argentino que diera libertad al Perú, y como consecuencia de tan grandes hazañas marchaba al destierro. Y luego, de las penumbras lejanas de su vida surgía el recuerdo de un antiguo cariño, con el retrato enviado por un compañero de armas.



Mención honrosa. Sagerdo.

# Doña CAROLINA CORONADO

Apuntes sobre su vida y su tiempo

HA muerto con ella el último romántico. Era el postrer representante de aquella gloriosa generación de trovadores que inauguran Quintana y Martínez de la Rosa, con las ardientes clarinadas de sus arranques líricos que vibran anunciando en la alborada del siglo XIX, el comienzo jubiloso de un triunfal resurgimiento.

Principiaba con ambos un gran momento artístico. La agonia centenaria con transitorias lucideces que abarcó el siglo XVIII, terminó calladamente y sobre la lápida que cubrió sus despojos en el Panteón de la Historia, grabó la posteridad el resumen de sus dictados justicieros en la palabra "decadencia".

Las letras españolas que asombraron al mundo elevando hasta cifras fabulosas el coeficiente de su producción y su grandeza en el siglo de oro, tuvieron el paréntesis secular de una edad de plata, como un descanso necesario para preparar la restauración vigorosa y pujante de la centuria pasada y la que corre.

Quintana, Martínez, Saavedra, en la portada del siglo XIX sacuden bravamente la dormida atmósfera con los potentes bríos de sus sonoras armonías y surgen tras ellos en sucesión maravillosa, toda una miriada de ingenios, que ha entretejido para España una diadema incomparable.

Y entre estos se cuenta á Carolina Coronado. Nacida en Almonte, en la villa afortunada en que abriera sus ojos Espronceda, vino á la vida el año '823, en que el Romanticismo tomaba carta de ciudadanía española y principiaba á verter sus influencias en la sociedad y á determinar en ellas las orientaciones y corrientes especiales que la dieron una fisonomía de particular característica.

Los tiempos cambiaban al compás del espíritu de renovación literaria que se imponía sin obstáculos. El Romanticismo entrañaba una revolución artística y casi, casi una revolución social. Prácticas nuevas y cierto tolerante liberalismo principiaron á florecer en los estrados y circunscriptos concursos que, aprisionados entre las mallas de formulismos añejos y tradicionales usos, lucían sus crinolinias y sus pelucas en los salones adustos de las mansiones señoriales, donde ejercía la vigilancia maternal, su inquisición malhumorada.

Así el ambiente, creció la poetisa. La precocidad de su talento hizo que abrieran á una edad demasiado temprana las fragantes corolas de la flora de su alma. Llegó el año 1838 y los aplausos bautismales de un auditorio intelectual, le manifestaron ampliamente que los bordones de su lira eran vibrantes y acordados. La lectura pública de su composición "A la Palma" en el Liceo-corporación que ese año se había trasladado al palacio de los Duques de Villahermosa—sonó como un anuncio de futuros éxitos y al arrancar para la frente de la novel muchacha la primera hojita de laurel, esquizaba en el corazón de todos una esperanza halagadora.

Espronceda, aquel tumultuoso y aturdido luchador, aquel turbulento y apasionado poeta, en ese año, en que culminaba su gloria y en que más ruido levantaban sus libertinas aventuras, saludaba á la iluminada moza, después de su victoria, con estos versos sinceros y rotundos:

Dicen que tienes trece primaveras  
y eres portento de hermosura ya,  
y que en tus grandes ojos reververas  
la lumbre de los astros inmortal.  
Juro á tus plantas que insensato he sido,  
de placer en placer corriendo en pos;  
cuando en el mismo valle hemos nacido,  
niña gentil, para adorarnos, dos.  
Torrentes brota de armonía el alma;  
huyamos á los bosques á cantar;  
dénos la sombra tu inocente palma  
y reposo tu virgen soledad.  
Más ¡ay! perdona, virginal capullo,  
cierra tu cáliz á mi loco amor;  
que nacimos de un aura al mismo arrullo,  
para ser, yo el insecto, tú la flor.

Y es curioso anotar que en ese mismo año de revelaciones literarias, junto con despuntar el intelecto de Carolina Coronado, aparecía también en el proscenio de la vida artística un joven que decía llamarse Ramón de Campoamor. La misma corporación que albergaba y aplaudía á la naciente y bella poetiza, aceptaba y publicaba el primer volumen del tímido niño que á su umbral

se detenía, avergonzado y trémulo, tras de su amparo prestigioso.

Ya en 1838 el Romanticismo ganaba la batalla. Había reclutado sus prosélitos siete años antes y los había reunido y alocucionado en la escuela espiritual y noctámbula del Parnasillo. Allí, en aquel antro obscuro y destaralado del Café del Príncipe, fraguóse la transformación ideológica y estética entre discursos cáusticos y subversivos y entre copas espumantes y de allí salieron los apóstoles de la Cruzada intelectual.

Definidos sus dogmas y aclimatadas sus tendencias, junto con arrastrar á su núcleo á los trovadores todos, entraba el Romanticismo á los hogares y promovía oleajes sentimentales y ensueños tempestuosos en el corazón de las mujeres.

Los alegres comensales del Parnasillo salían á la luz y daban libre escape á los impulsos de su alma; templaban sus liras los imberbes nacidos en el *annus mirabilis*, y sobre todo, adornaba los aires la orquestación magnífica del comprovinciano y del amigo de Carolina Coronado, don José de Espronceda, que en sus atrevidos y resonantes ritmos, hacía palpar los febriles arranques de su imaginación enardecida, todas las locas calideces de su amor arrebatado, todo el desborde incontinente y opulento de su rico espíritu.

El desvande los muchachos del cenáculo reformista fué de trascendencia inmensa para España, porque ellos conquistaron á la nación y difundieron su ideal. Fué la península una jaula de parleros ruidosos. Los palacios y las casas modestas fueron torneos de reinamiento y "gay saber"; se fundaron academias; se establecieron tertulias literarias y se lanzaron hojas periodísticas para brindar tribuna á los cantores melenudos que surgían y surgían. Carolina Coronado fué de los primeros en sentar plaza ba-

jo las banderas de la nueva escuela. Su nombre era famoso y su precocidad causaba asombros, aunque brillaba solamente en el círculo elegante y de buen tono de la sociedad más alta, donde su juventud, su hermosura y más que todo su romanticismo inspirado y radioso, la convertían en un hada risueña y cautivante. Sus amigos quisieron hacer más pública su obra. Don Gaspar Núñez de Arce se propuso darla á conocer en el Ateneo en sesión solemne; pero la poetiza, por temor ó por modestia, declinó tal honra. Prefirió seguir haciendo gala de su ingenio en Academias y palacios. Escribió sin descanso y fué tan fecunda su producción de rimas que en 1843 daba á la estampa una colección de ellas.

Todo lo que en su interior latía, las sensaciones que la vida despertaba en su alma noble y elevada, tienen en ese libro—que es hoy un valioso documento bibliográfico—un trasunto acabado y simpático. Daba en él consistencia y color á sus exquisiteces íntimas y perfilaba su figura literaria con rasgos propios y con líneas definidas.

No era por cierto doña Carolina la única mujer que en ese tiempo causaba admiración con los lampos de un talento verdaderamente masculino. Junto á ella la cubana Gertrudis Gómez, que en 1841 regalaba á su patria adoptiva con el primer manojito de claveles y Fernán Caballero, atraía á sus personalidades todas las miradas y todas las adhesiones de aquel pueblo de poetas.

¿Cuál era la más ilustre, Carolina Coronado ó la escritora Avellaneda? Pedro de Répide,—conocido é inteligentísimo español, que me proporciona datos para estas líneas,—cuenta que á un alto vate se le preguntó en una ocasión:

—¿Quién le parece á usted la mejor poetisa española?

—Carolina Coronado.

—¿Y la Avellaneda?

—La Avellaneda no es una poetiza. Es un gran poeta.

Y es la verdad. Aquel interrogado, cuyo nombre siento no conocer, las caracterizaba de una manera admirable. Carolina Coronado era una cinceladora de joyas bruñidas y afiligranadas; era un artífice que en el cristal finísimo y armónico de sus estrofas, aprisionaba las albas ternuras, las sonrientes emociones y los vaporosos éxtasis de su privilegiado sér. Y al contrario, Gertrudis Gómez de Avellaneda—artista vigorosa y entonada—era un templeamiento vibrador y algo rudo, de fuerte textura espiritual, de obra macisa y angulosa, más reposada y sobria, más cerebral y reflexiva que espontánea é inspirada.

Pero ambas, almas selectas y bellezas expresivas estaban des-



Doña Carolina Coronado

tinadas á brillar con proyección deslumbradora en la caravana romántica de la sociedad peninsular.

A raíz de los triunfos que le proporcionó su libro, cuando la aceptación general le daba á beber en copa de oro el licor embriagante de la popularidad, la poetisa enfermó gravemente y hubo de buscar las tibiezas reconfortantes, la alegría bullidora y el paisaje sereno y grandioso de las tierras andaluzas.

Era el año 1844 y un curioso incidente, puso de gran actualidad el nombre de Carolina Coronado. Circuló en Madrid la noticia de su muerte y se produjo en todas partes un movimiento unánime de desconsuelo. En sus compañeros de letras, levantó la nueva aciaga un sentimiento de pesar, y aquel muchacho que llegaba encogido y ruboroso á la secretaría del Liceo con el manuscrito de su primera obra el mismo año que la corporación ungió á Carolina con el óleo de su aprobación y de su aplauso, y que ahora iba siendo don Ramón de Campoamor, gran enamorado y poeta, dirigió al melancólico romántico don Nicomedes Pastor Díaz, una composición en verso llena de donosas expresiones sobre la supuesta extinta.

El rumor era falso. Carolina recobró su salud y debe haber saboreado grandemente los comentarios que la nueva provocara. Y tanto fué así que dió en escribir una obra, que se obstinó en no publicar. Quiso que fuera su libro póstumo. ¿Existen todavía los originales de él? ¿Está escrito en prosa ó en verso? ¿De qué trata? ¿Deseó recoger en él las observaciones de todo género que el incidente en cuestión le sugería? ¿Se propuso anotar simplemente los pensamientos filosóficos que en su mente sa-gaz acumulara el suceso de que fué protagonista?

Si el libro se publica—como tanto lo anhelamos—nos suministrarán sus páginas al par que una lucubración castiza y bella, un material interesante y luminoso para la reconstrucción de su semblanza moral.

Vuelta á la vida Carolina Coronado siguió alentando para el arte. Llegaba á un envidiable sitio en el escalafón del mérito literario. Espronceda, el amigo y paisano, había muerto y su obra candente y osada, que fué para la extremeña, sólo una luz orientadora, quedaba en España como centella esplendorosa. Ahora, otro poeta pulsaba una cítara enflorada y meliflua y sus castas y tiernas armonías, entre las cuales se escuchaban á veces partituras religiosas, se armonizaban bien con las que emitía el estro de Carolina Coronado. Daba Zorrilla sus conciertos de musical lirismo que resumían en sus ecos las directivas todas del Romanticismo ibérico y la Metrópoli entera fué un Parnaso en el que todos los tonos del sentimiento humano tuvieron un acorde, desde los recios sonos de la trompa épica de García Tassara hasta los sollozos eróticos é inconsolables de Gustavo Adolfo Bécquer.

Llegó para España un aspecto interesante de sus evoluciones literarias y tal vez nunca ha habido otro en la península de mayor alcance social.

Los versos inflamados y amorosos de los poetas románticos de ojos profundos y semblantes demacrados, de continente triste y de manchada indumentaria, enfermizas y trasnochadores, pero de vastas miras y de elevadas concepciones, volaron como leves mariposas, rosaron los labios de todos con pasional fogocidad y ejercieron un influjo extraño y poderoso en el compuesto colectivo.

La sociedad se transformó. El arte tocó los corazones con su vara divina é hizo sangrar idealismo. Fué aquél un período de exaltación sentimental, de gran delirio artístico en que fueron muy pocas las mujeres que no llevaron en su desaliño y en su rostro pálido y marchito como una patente de Romanticismo. Pero, con todo, se apoderó de trovadores y profanos el antiguo espíritu caballeresco, volvió á imperar el viejo amor galante y el culto á la mujer estuvo lejos de revestir las formas lamentables del grosero fetiquismo actual.

Carolina Coronado fué hija de su época y fué romántica en la forma más pura y más sana. En su Romancismo había mucho de propio, de exclusivo y dentro de su manera personal, fué burilando multitud de poesías, cada una de las cuales, era un nuevo golpe de cincel que destacaba con mayor firmeza y más enérgico relieve los gallardos lineamientos de su personalidad.

En 1852 se publicaba una nueva edición de sus poemas y llegaba la escritora al punto más alto en la ascendente curva de su existencia triunfadora; su talento alcanzaba amplitudes francamente geniales y su gran belleza de Gioconda, la copiaba Federico de Madrazo con su pincel correcto y realista.

Por estos mismos años se realizó un acontecimiento trascendental para la poetisa. Su hermosa serena y donairoso flechó el corazón del secretario de la Embajada norte-americana en Madrid, don Horacio Justo Perry y la vinculación matrimonial, los unió luego para siempre.

Cruzaba doña Carolina los dinteles de una vida nueva y en ella, le ofrecía sus mieles la dicha, y el afecto de todos arrojaba rosas á su paso. Más, la desgracia revoloteaba alrededor de la pareja y se aprestaba á echarle un zarzapo traicionero. En 1854 moría el primer hijo que iba á hacer más efectiva la unión estrecha de los desposados, porque asociaba en el suyo el nombre de ambos, Carlos Horacio, y su partida sepultaba el puñal de los dolores sin remedio en el vibrante espíritu de la escritora. Su anhelo maternal satisfecho y luego perdido, era para ella vivir el poema de la desventura más amarga.

Quién sabe hasta qué límite influyeron estos dos sucesos en la labor artística de Carolina Coronado. De todos modos, pudieron modificar en algo su temperamento sensitivo, pero jamás debilitar sus entusiasmos nobilísimos. Ahora, el cultivo del arte no era únicamente una necesidad de su alma, era un consuelo dulce y eficaz para sus íntimos pesares.

Los años pasaban con rapidez vertiginosa. El hogar de Carolina era un centro de cultura y de social esparcimiento; su pluma continuaba cincelando producciones admirables, y desde su Olimpo plácido y tranquilo veía hervir la sociabilidad de España, agitada furiosamente por ideas de arte y controversias de política.

Estas últimas fueron tornándose cada día más revueltas y sangrientas hasta la caída de Isabel II. El inviolable recinto de la poetisa, que ostentaba en su puerta el escudo de los Estados Unidos, sirvió de refugio amable y cariñoso á multitud de perseguidos. Vivía Carolina en las afueras de la Puerta de Alcalá, en una quinta de verjas arropadas por frondosas trepadoras y se cuenta que en la noche de un día de disturbios, su huerto prestó asilo á una persona que escapó por milagro de una turba asesina que lo asediara febrilmente hasta en la entrada misma de la residencia diplomática. El que así se salvaba en el jardín, tras las tapias floridas de la quinta, era un poeta amigo de Carolina Coronado: don Emilio Castelar.

Rodando el tiempo, la poetisa vino á América y vivió algún tiempo en sus edénicos solares. Regresó á Europa; pero no iba á ser España la que albergara los tranquilos lustros de su edad madura. No moriría en su nación. Viviría fuera de ella y tendría que agregar ahora á sus dolores la nostalgia del terruño. Debería renunciar á la amistad de los románticos que estrecharon su mano en las mejores horas de su vida y se vería forzada á alejarse de su amado primogénito que dormía bajo las lozas funeraria de San Isidro el Real.

Iba á vivir en tierras lusitanas y desde ellas consolaría las angustias de la expatriación sin término, evocando á su España querida, á las grises montañas extremeñas, á las llanuras de Castilla y á las vegetaciones portentosas de las florestas andaluzas, donde vió transcurrir las venturas de su dulce mocedad. Se acabaría su vida en las regiones portuguesas; pero el recuerdo obsesionante de su patria en las zozobras de las supremas despididas, podría darle la ilusión de que moría en su país.

El fallecimiento del compañero de tantos años de alborozos y de llantos, acabó por extender en el alma de Carolina Coronado la bruma de un dolor inconsolable. Para su sensibilidad de poetisa, cada pesar que la vida suscitaba en su camino, era un aguijón punzante y doloroso de tortura permanente. La tristeza la fué aislando poco á poco. Se concentraba en ella misma y lentamente iba limitando sus miradas al horizonte familiar de su mundo interno. Entregóse á la tarea de buscar en el océano de su opulento espíritu para encontrar las perlas de sus recuerdos más felices. Si la atmósfera que la rodeaba con la gloria de sus panoramas y sus festivos de sonidos, no tenía para ella el lenguaje del consuelo, era el pasado lo que encerraba el elixir moral que calmaría las asperezas de su desolada situación y se concretó al encanto mudo y halagüeño de contemplar en sus evocaciones las lontananzas placenteras de las horas tranquilas y felices que jamás retornarían.

El ambiente terrenal que la rodeaba, desaparecía y no dejaba para ella sino la cruz, á cuyos brazos se estrechaba con efusiones calurosas. El misticismo que vago, muy vago aparecía en muchos cantos de sus anteriores años, batía ahora libremente sus alas en su pecho. El altar, su hija y sus memorias, eran todo para la escritora.

La vejez plateaba los rizados bucles de su cabellera y trazaba arrugas en su tez magnífica. Se convertía en una sombra, se espiritualizaba: iba siendo un recuerdo ella misma. Pero poetisa por naturaleza, no podía dejar de cantar. Había principiado el crepúsculo de su existencia; principiaba á cruzar las anteceras de la tumba y, no obstante, la inspiración persistía en florecer sus primaveras bajo el arco opalino de su frente.

La obra realizada era valiosa y abundante. Sucesivamente había entregado al aplauso de sus compatriotas, novelas, dramas, paralelos y hasta impresiones de viajera, aparte del número incontable de sus poesías. Sus romances *La Sigea*, *Paquita*, *Jarilla*, *La Enclaustrada*, *Román*, *Adoración* y *La Luz del Tajo*, son páginas delicadas, suaves, tersas en que su talento bordó primoros admirables. Así mismo, en sus composiciones dramáticas *Alfonso IV de Aragón*, *El divino Figueroa*, *La rueda de la Fortuna* y *El cuadro de la Esperanza*, señalan en ella disposiciones felices, que no alcanzan, sin embargo, á darle el dominio de este escabroso género de obras que requiere facultades múltiples y especialísimas.

Había escrito también paralelos. De mano inteligente había establecido, bajo el nombre general de "*Genios gemelos*", comparaciones acertadas y lógicas entre Madame Stael y Donoso Cortés, Byron y Quevedo, Schiller y Hartzenbuch, Safo y Santa Teresa. Entidades humanas al parecer esencialmente opuestas algunas de las comparadas, parecería que un paralelo entre ellas sería una tarea decabellada ó imposible y, no obstante, Carolina Coronado, supo trazarlo con destreza y novedad, con elevado espíritu de justicia y rectitud. Sobre todo el último de los citados, por las originales opiniones que encierra, fué objeto de discusiones más ó menos vivas en el país y en el exterior.

Todos los trabajos enumerados representaban una producción profusa y variadísima; pero el intelecto de la singular mujer podía sorprender también escribiendo notas de viaje y su libro *Desde el Tajo hasta el Rhin*, la mostró como una peregrina impresionable, capaz de traducir con acierto sus diferentes emociones ante los paisajes del camino recorrido.

Había escrito mucho, mucho, y en su vejez, á pesar de los infortunios que la empujaban á la soledad y desgarraban su conciencia, el alto imperio de la vocación nativa, la obligaría á escribir. Ahora no derrocharía sus versos como lo hiciera en el período de su distante juventud. Lo haría en los grandes mo-

mentos de la existencia española, en los instantes venturosos en que se aproximara más á Dios, en las ocasiones en que sintiera la opresión abrumadora de una idea y se viera constreñida á darle voz y colorido en el rumor de sus estrofas.

Con la galanura y el vigor de **Tú eres el miedo** y **La rosa blanca**, escribiría ahora **El amor de los amores**, que determina según el Padre Blanco "el punto supremo á que llegó su númen". En el regio verbo alcanza los ardores de la santa de Avila al Redentor su dulce esposo,

Mi amor, el tierno amor por el que lloro,  
eres tan sólo tú, Señor, Dios mío;  
si te busco y te llamo, es desvarío  
de lo mucho que sufro y que te adoro.

Tiende hacia el buen Jesús sus brazos débiles, busca en El su consuelo y su apoyo, lo llama á su lado para que derrame au-

roras en su noche de dolores, para que vea cuántas ofrendas le reunió su mano de amante religiosa que le edifica en su pecho un áureo trono sobre vastos fundamentos de pureza y de piedad.

El idealismo que había trazado el rumbo de sus pasos, más vigoroso se hizo en ella en el aislamiento de su residencia portuguesa. Llegaba hasta sus oídos el estruendo afanoso de las fábricas y el crepitar de las poblaciones enardecidas por ideas mercantiles; vió cómo las mezquindades del positivismo iban penetrando más y más en los hogares y en su canto **A un poeta del porvenir**, hay como una enojada protesta contra el desarrollo creciente y avasallador de las industrias que aplasta y destruye los gérmenes prolíficos del ideal.

Su estro también tendía notas para su tierra hispana y cada vez que algún suceso de importancia interrumpiera el curso de la vida normal de la Península, ella estaba allí muy cerca de las



DANZA ESPAÑOLA

CUADRO DE WALTER ZAMPEL



fronteras de la patria para batir las palmas de su aplauso ó derramar su llanto en las desdichas nacionales. Por eso en Abril de 1881, cuando España entera se levantó á glorificar el nombre del que escribió *La vida es sueño* en el segundo centenario de su muerte, envió su poema *Camoens á Calderón* en que sus arpegios son siempre hermosos y viriles. Mandó su cantar dolorido cuando en 1885 las furias de un terremoto amontonara escombros y desatara fuentes de lágrimas en el sur de Andalucía y más tarde, en 1898, cuando vio arrebatar á la diadema real la esmeralda antillana de Cuba y vio que naufragaban en estéril lucha los esfuerzos de los valientes hijos de Velarde, allá en el mismo mar que recibió á Colón y que arrulló el hosanna del almirante y sus marineros al desplegar sobre el suelo virgen de la tierra nueva el pabellón de España; cuando llegaron á su vieja casa los ecos de la hecatombe en confuso vibrar de estertores, de quejas y de llantos; cuando midió las amplias magnitudes del desastre patrio, su lira lanzó gemidos y emitió suspiros y envió á la noble tierra que abrigó su cuna, el mensaje filial y cariñoso de su adhesión y de su pena.

Fué el canto del cisne. La tristeza anubló su existencia y su arpa espléndida emohció sus cuerdas en un rincón de su palacio. Calló su voz. La que había rehusado el insistente anhelo de la prensa extremeña de coronarla y colocar sobre sus sienes venerables de nimbo de oro que consagró monarcas de la estrofa al gran Quintana y al sin par Zorrilla; la que se refugiaba en el recinto casi infranqueable de una casa conventual, se abandonaba para siempre á sus evocaciones silenciosas.

¡Qué de recuerdos afluan á su mente! El pasado con las felicidades y las reflexiones vividas, revoloteaba tenazmente en su cerebro pensador. Revisaba sin descanso el libro de su vida octogenaria y se complacía en descifrar las páginas borrosas de sus años juveniles. Había visto tantas cosas; había presenciado casi un siglo de la Historia hispana; había saboreado las impresiones de los triunfos literarios; había sido elemento atrayente de las ondas mundanas que pasaran en cortejo soberbio y arrebatador por los salones madrileños; había viajado y sentido; había amado como pocas!

Transcurrían sus últimos años en esa paz beatífica é incommovible. Sufría; pero, en medio de sus sufrimientos tenía un lenitivo: junto á ella guardaba el cadáver de su recordado esposo. Extraña resurrección de la Reina Juana, aquella mujer conservó con rara obstinación cerca de ella para reverenciarlo como á cosa sacra, el cuerpo inanimado del apuesto doncel á que se uniera.

Enlutada con sus crespones de vida y sostenida por su hija, paseaba á la sombra de los árboles añosos de su vasto huerto y cual fantasma misterioso, cruzaba los tranquilos patios y los portales silenciosos del palacio para ir, á las altas horas de la noche, á orar junto á los restos del esposo que esperaba en la capilla, bajo la cripta marmórea que recibía diariamente el homenaje de sus flores, el anhelado cumplimiento de las promesas evangélicas.

Así avanzaba su ancianidad en aquel palacio que llamaban Mitra, histórico, ruinoso y patinado; como ella, viejo resto de una era de esplendor. Bajo los techos ennegrecidos qué multitud de objetos no le hablarían del ayer! Un retrato, un libro, una joya, la llevarían de nuevo en las alas rosadas del recuerdo al momento inefable de un idilio, de un triunfo, de una fiesta; la rejuvenecerían un instante; pero también intensificarían su tormento cuando la realidad venía á despertarla de su ficticia situación. Y esa carcomida casona solariega en que jamás se abrían las ventanas con su espesa arboleda y su fachada monacal; aquella morada que parecía adormecida bajo el sordo y constante murmullo del torrente profundo del Tajo, excitaba fuertemente la fantasía de los pobladores del arrabal que la rodeaba. Mansión austera y derruida, aquella de la barriada popular de Poco do Bispo, alzaba la mole de su pesada arquitectura con la majestad de una basílica.

Las gentes del pueblo vecinas al palacio, con esa imaginación inquieta de la clase baja, tejía leyendas sobre la vida del callado caserón. Los que de vez en cuando divisaban á lo lejos la figura arcaica de la anciana, meditabunda y encorvada, trajeada siempre de negro, parecían tener ante su vista una visión espectral y poseídos de un respeto religioso, descubrían sus cabezas. La vieja dama en ese ambiente medioeval, en esa calma imperturbable

y solemne, adquiría el paternal influjo de un patriarca bíblico, las sugestiones de lo ignoto y los prestigios de lo venerable.

Pasaba el tiempo y todo tendía á envolverla en el lienzo glacial del olvido. España había cambiado; no existían los hombres que vio brillar junto á ella; las multitudes frenéticas que la aplaudieron y recitaron sus versos de memoria y sólo quedaba ella, como violeta solitaria y débil sobre una inmensa sepultura.

Iba muriendo lentamente. Aspirando el perfume desvanecido del pasado, orando siempre y siempre atendida por el cariño filial, su larga existencia se derrumbaba sin remedio. Había llegado á los ochenta y siete años de edad; su salud se resentía seriamente y en la mañana luctuosa del 16 de enero, un ataque violento de congestión pulmonar detenía el curso de la vida de la poetisa y apagaba la luz esplendorosa de su cerebro poderoso.

Moría de veras. Esta vez sí que no daría la sorpresa de tantos años atrás. Moría; pero, ¿qué significaba este fallecimiento de ahora? Carolina Coronado había dejado de existir mucho antes, cuando el olvido la sustrajo por completo á la memoria de las gentes. *El olvido es la muerte de un sér, aunque no haya dejado de vivir.*

Y cerraba sus ojos soñadores para no abrirlos más. Ante sus blancos despojos, su patria la recordó con veneración afectuosa; la prensa entera hizo elogios y reminiscencias de la poetisa y todos volvieron sus miradas hacia el hogar lusitano, donde Carolina Coronado, la vieja romántica, la ilustre aristócrata, la viviente reliquia de un período glorioso, se desplomaba en su sepulcro.

Murió; pero era la suya la partida del poeta. Y mientras su cuerpo bajaba al subsuelo á convertirse en polvo, quedaban los acentos de su lira dilatando en el tiempo la luz radiante de su alma y la memoria de su vida. Dejaba el legado inestimable de sus versos y con él, los cimientos de su inmortal supervivencia; dejaba el haz de flores de sus obras y la imperecedera voz que proclamaría sus cualidades de artista preclara, la delicadeza de su versificación y la riqueza de su psicología y de sus rimas.

Recogía Portugal sus alientos postreros; pero era la tierra española, la patria de sus mayores y la suya la que guardaría su cuerpo. Se la llevó á Extremadura, donde había nacido, donde el vaso repleto de su cerebro creador, había dejado escapar las primeras emanaciones de la sutil esencia de su clara poesía. No iba á ser Almendralejo que abrigó las horas de su niñez recogida, quien conservaría sus cenizas, sino Badajoz y allí quedará definitivamente, en el linde con las dos naciones en que se deslizo su vida, en la que naciera y deslumbrara, en la que supiera y encontraba el fin librador de sus congojas dolorosas.

Su cadáver y el de su esposo, envuelto este último entre los pliegues de la *estrellada enseña, fueron llevados juntos y sepultados en la ciudad de Badajoz*. Todo el pueblo recibió los restos y los acompañó hasta el Cementerio. Ateneos, sociedades obreras, escuelas normales, autoridades administrativas, representantes de Almendralejo, al son de fanfarrias á la sordina, marcharon conmovidos tras los dos ataúdes en cortejo imponente, presidido por los sobrinos de la poetisa, don Alejandro y don Carlos Groizard, ilustres ambos en la literatura y la política y al primero de los cuales, que es presidente de la Academia de Ciencias Morales de Madrid, acaba de dar Alfonso XIII la condecoración honrosa y deseada del Toisón de Oro.

La tumba de la anciana quedó tapizada con las flores y las palmas extremeñas, que tanto cantara de sus primeros ensayos literarios.

Y cosa extraña, el industrialismo al que combatiera Carolina Coronado en un vibrante arrebatado lírico, acechaba el instante de su muerte para dar forma á su venganza. El palacio de Mitra, aquel viejo y carcomido caserón, que fué el último nido de la alondra atarida, que fué testigo de la lúgubre etapa de su vejez nonagenaria y escuchó los romos estertores de sus agónicos adioses, ha sido vendido á una empresa comercial, que instalara una fábrica en su recinto penumbroso!...

Carolina Coronado, con ella ha muerto una época y una tendencia artística, porque el representante que quedaba de un gran día intelectual, el postrer rezagado de una generación extinta, el único veterano de un vivac glorioso, por que era el último romántico!

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA

## Como se obtiene un hermoso Pecho

¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía?

Tome Ud las PILULES ORIENTALES. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza.

He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:

"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las PILULES ORIENTALES para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."

Y la señorita María F. Plaza del Archevêché á Tours:

"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las PILULES ORIENTALES y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."

Las PILULES ORIENTALES son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á París 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".



# SEDLITZ

Charles CHANTEAUD

de PARIS

*El Mejor de los Purgantes*

*Depósito en todas las Buenas Boticas*



## REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

### Sales de Litina

EFERVESCENTE

## LE PERDRIEL

*Superior á todos  
los demas disol-  
ventes del Acido  
úrico :: :: ::*

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES  
FARMACIAS Y DROGUERIAS



# VINOLIA

JABONES Y PREPARACIONES  
PARA EL TOCADOR



Las agradables y refrescantes  
cualidades de los jabones  
VINOLIA dan mayor suavidad á  
la tez más delicada.



Pídase las últimas no-  
vedades de la Perfumeria  
Oriza

Relique d'Amour  
Parfum Péventail  
inspiration  
Apothecose  
Age d'or

L. LEGRAND  
PARIS

# CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

*Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior  
á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.*

**POLVO DE ARROZ SIMON**  
SIN BISMUTO

**JABÓN Á LA CRÈME SIMON**

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

De venta en las principales FARMACIAS Y PERFUMERIAS

BRINDALE A TU MEJOR AMIGO UNA COPITA DE SECRESTAT



*—El caballero se esta enflaqueciendo...!*

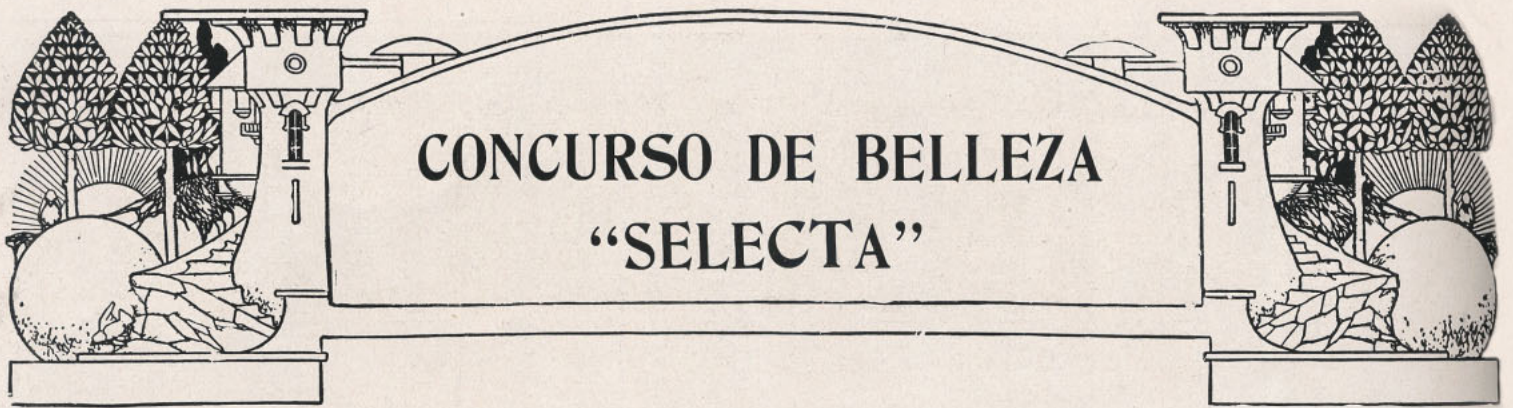
*—De dónde?*

*—Si señor, tiene que recordar que fuerza, salud y vigor se consiguen con los productos de Kola Secrestat.*



## SUMARIO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
<b>TEXTO</b>		Una exposición de perros .....	90
Concurso de bellezas .....	61	A través de las ciudades .....	92
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco .....	64	<b>GRABADOS</b>	
Las obras maestras de la pintura .....	66	La gigantesca estatua de Cristóbal Colón de Arnaldo Zocchi, para la ciudad de Buenos Aires .....	63
Con Eduardo Zamacois, Alvaro Bradomín .....	68	A la salud del cocinero, cuadro de F. Brunery .....	64
Ingrata, I. Conchalf .....	69	Los bohemios .....	65
Una conferencia patriótica .....	71	Las obras maestras de la pintura (varios cuadros) .....	66
Sobre Napoleón, Enrique Heine .....	74	<i>Los glotones, cuadro de T. Lobrichón (tricomía)</i>	
Los cinco retratos de la cantatriz Lina Cavalieri .....	75	Don Anselmo Blanlot Holley (retrato) .....	71
<i>La mariposa roja, con ilustraciones en tricomías, por G. D.</i> Houville .....	77	Botes pescadores, cuadro de Hans Bartels .....	72
Las blancuras sagradas, Miguel Luis Rocuant .....	81	Invierno, fotografía artística .....	73
Anima en pena, Luis Cano .....	83	Retrato de Zuloaga y varios de sus principales cuadros .....	85
Ignacio Zuloaga, F. Ruiz .....	85		



Desde el día de su fundación, "Selecta" ha tenido como propósito servir al Arte en todas sus manifestaciones, propender á encaminar los espíritus chilenos á ese reino encantado de suprema poesía en el cual manda, como dominadora, la Belleza.

Buscamos la Belleza, en todas sus formas de Arte y de Vida, imitando á los griegos, que supieron procurarnos sus modelos ideales.

Pero la belleza se transforma, sean cuales fueren los ideales del espíritu. Y la belleza de una raza,—desde los tiempos de la Venus de Milo hasta los nuestros,—no sigue los mismos moldes, ni está sujeta á las mismas líneas.

Querríamos ver engalanadas las páginas de "Selecta" con las imágenes de algunas de nuestras mujeres más hermosas. El tipo chileno es esencialmente bello. La raza andaluza nos ha enviado algunas de sus ejemplares más divinos.

La belleza de nuestras mujeres ha de influir, indudablemente, de un modo directo y poderoso, en el desarrollo de nuestra pintura, de nuestra escultura y de las Bellas Letras chilenas.

El Público tiene la palabra. Rogamos á las personas que hasta hoy día nos han favorecido con su benevolencia, tengan la bondad de llenar el cupón adjunto que deberá someterse á las bases que damos á continuación.

## Bases para el Concurso de belleza de "Selecta"

1.o Toda persona que desee indicar cuál es, á su juicio, la señorita más bella de Chile deberá llenar el cupón de la Revista indicando el nombre y lugar de residencia de la señorita agraciada.

2.o No podrán figurar señoritas menos de 16 años ni señoras casadas ó viudas.

3.o En todos los números de "Selecta" se publicarán los nombres de las señoritas que vayan teniendo la más alta votación en cada ciudad de Chile.

4.o En el número de "Selecta" correspondiente al mes de

Enero de 1912, se publicarán los retratos de las señoritas que hayan obtenido la más alta votación en cada ciudad de Chile.

5.o De los retratos publicados, nuestros lectores deberán elegir el que á su juicio merezca el primer premio á la *Belleza chilena*, para lo cual se procederá á una nueva votación que terminará en el mes de Marzo de 1912.

6.o En el número de "Selecta" de Abril de 1912, se publicará en colores el retrato de la señorita más hermosa de Chile y que habrá sido elegida en votación general.

7.o No se computarán los votos que no vengan en el cupón de "Selecta".

8.o Los señores fabricantes de la *HARINA LACTEADA NESTLE* se han ofrecido galantemente para obsequiar un hermoso COLLAR DE PERLAS á la señorita que obtenga la más alta votación.

9.o Los cupones se dirigirán al Director Artístico de "Selecta", Casilla núm. 84 D. Santiago.



Córtese por esta línea

CONCURSO DE BELLEZA DE "SELECTA"

Nombre .....

Apellido .....

Residencia .....

Fecha .....

Núm. 3